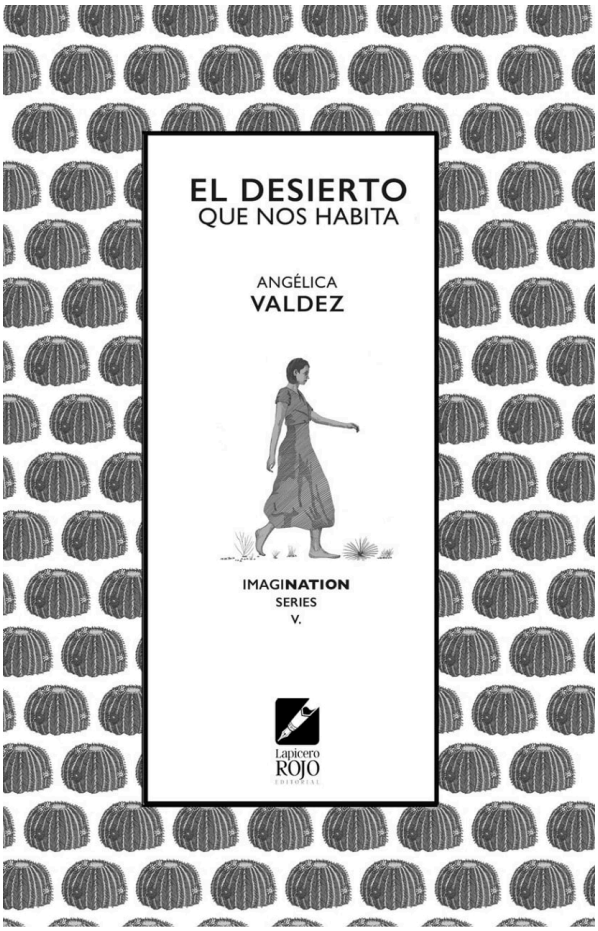
IMAGINATION
SERIES

EL DESIERTO QUE NOS HABITA



ANGÉLICA
VALDEZ

Lapicero
ROJO
EDITORIAL



PRIMERA EDICIÓN

IMAGINATION SERIES

El desierto que nos habita
© 2026, Angélica Valdez
D.R. © 2026, Lapicero Rojo Editorial
Ave. Cerro de la Silla 600, Fracc. Monterrey, C.P. 22046
Tijuana, Baja California.
www.lapicerorojo.com
Comentarios: servicios@lapicerorojo.com
Dirección Editorial: Miguel Alberto Ochoa García
Diseño de interiores: Jazmín Lozada Ángel
Arte de portada y contraportada: Alejandro Criollo
ISBN: 978-1-970430-17-2
Este libro no puede ser reproducido total o parcialmente por ningún medio impreso, mecánico o electrónico sin el consentimiento por escrito de la autora. Las acciones de reproducción que violen los derechos intelectuales y autorales de esta obra serán

denunciadas ante las autoridades.
Impreso en México.
Printed in Mexico.

La soledad es la memoria del agua.
Vivo en el desierto. Todos los días estoy sedienta.

— Terry Tempest Williams
Cuando las mujeres fueron pájaros



A las mujeres que me sostuvieron mientras crecía.

A mí madre, quien ahora es un oasis.

A mi mar.

AL FINAL SOMOS RECUERDOS

Cuando conocí a mi abuela de sangre, acababa de cumplir diez años. Mi mamá se había separado de quien era mi padrastro y necesitaba que alguien cuidara de mí, pues debía volver a trabajar. La idea me hacía renegar, pero en esa decisión yo no tenía voz ni voto. Mi madre no comprendía que mi abuela no era más que una extraña para mí, pues solo había convivido con ella durante los primeros años de mi vida. En el fondo, deseaba no ser hija de mi padre, ya que nunca se había preocupado por mí y, además, no me daba la gana reencontrarme con su familia.

A pesar de no haber crecido junto a mi abuela, ella fue quien aportó económicamente para mi crianza desde que vine al mundo. Tomó la responsabilidad que debió ser de su hijo; no sé si por culpa o por amor hacia su primera nieta.

¿Sinónimo de abuela: un papá ausente?

Teresa, mi abuela, era una mujer de baja estatura y bastante delgada; portaba un semblante serio que contrastaba con su fragilidad, pero se notaba que estaba contenta, ya que sus ojos, surcados de arrugas, emitían un brillo distinto.

Recuerdo el tintineo que mi abuela hacía al caminar con sus collares, que chocaban entre sí; siempre llevaba medallitas de algún santo y otra de una virgen. Sus manos olían a café y, a veces, a canela; por las tardes sus asperezas se volvían suaves, como si se relajara después de pasarse la mañana dando vueltas por la casa. Su cabello, ya canoso y delgado, siempre lo llevaba suelto y peinado de lado. La seguía su gata Florecita, a la que le puso manteca en las almohadillas de las patas, pues decía que así jamás perdería el camino de vuelta a casa si escapaba. Creo que por ella fue que comencé a amar a los gatos.

¿Funcionará esa creencia para que las personas que amas regresen?

Llegaba a la casa de mi abuela desde muy temprano. Por las mañanas, después de regar las macetas que colgaban en las ménsulas del porche, me consentía preparando abundantes desayunos y leche con chocolate. A veces nos acompañaba mi tía, quien vivía cerca y le ayudaba con las tareas más pesadas; como no

la conocía mucho, me sentía incómoda, por eso me gustaba más cuando solo éramos mi abuela y yo.

Pero no siempre estábamos de buen humor. Una vez, mientras yo jugaba a las muñecas y ella limpiaba la cocina, me lanzó una pregunta de sorpresa, provocando una discusión muy fuerte.

—¿Por qué no le dices «papá» a tu padre? —preguntó sin mirarme.

—Porque no es mi papá —le contesté con seriedad y con un enojo subiéndome por el estómago.

No me gustaba esa pregunta.

—Pero si es tu papá —me dijo—, sin él tú no existirías.

—Un padre es el que cría, no el que abandona —recordé las palabras de mi mamá.

—La sangre es la que importa —me contestó, distraída, limpiando la mesa del comedor.

¿Cómo no podía entender mis sentimientos? ¿Cómo no entendía el abandono en el que había vivido todo este tiempo? Así que le dije que, si pudiera, me haría sacar toda la sangre que llevaba de su familia para no tener que verla; pero en cuanto salieron de mi boca esas palabras quise regresarlas, siendo aquello tan imposible como tratar de cerrar una compuerta en una inundación.

No tuvimos el valor para pedirnos disculpas más tarde y lo dejamos pasar. ¿Cómo podía ser abuela de una niña que odiaba a su padre, su hijo?

Yo sabía que a mi abuela le gustaba cuidar de mí, a pesar de haber crecido lejos de ella y saber que yo tenía otra familia —putativa, pero mi familia a fin de cuentas— y, además, una que no era para nada de su agrado. Y no porque hablara mal de ellos o de mi madre, sino porque notaba cómo se esforzaba por hacerme recordar momentos de mi primera infancia que habían desaparecido de mi cabeza; me sentía culpable por no poder decir: «Sí, abuela, yo también lo recuerdo».

La casa albergaba un gran librero repleto de enciclopedias que mi tío abandonó ahí, al contrario de mi casa, donde no existía ninguno. Una vez, mi abuela me vio tan concentrada leyendo uno de la flora y fauna de México que me dejó llevármelo. Creo que también por ella es que disfruto tanto leer.

Por las tardes, justo antes de que llegara mi mamá por mí, veíamos la tele. Florecita, la gata, y yo nos peleábamos por la atención y los mimos de la abuela. Sus programas favoritos eran los que, sin quererlo, se tornaban comedias tontas como Caso Cerrado y viejas películas de acción en blanco y negro, aunque nunca terminaba de verlos, pues se quedaba dormida a los pocos minutos de haber empezado. Sus ronquidos y la boca entreabierta me recordaban a las momias de Guanajuato y me daba risa, pero también ternura, porque me imaginaba que así dormía cuando era niña.

En nuestros días juntas nunca le pregunté nada: «Abuela, ¿qué querías ser de grande? ¿Cuáles eran tus sueños antes de irte a dormir? Si no fueras mi abuela, ¿quién hubieras sido?».

Solo estuvimos juntas unos años, en los que me sentía como su única nieta, pues mis primos ya se habían casado y solo algunas veces la visitaban los fines de semana, al igual que mis tíos. Mi padre, en pocas ocasiones, la visitó con su otra esposa e hijos. Pero después de la última discusión que tuvimos, mi abuela ya no me obligaba a hablarle, mucho menos a decirle papá. Era como un acuerdo no dicho.

Qué manera tan curiosa teníamos de querernos mi abuela y yo. Ninguna era partidaria de las demostraciones de cariño; sin embargo, yo podía sentir su amor en todo lo que ella hacía por mí. Me consentía muy a su manera: me regalaba ropa, juguetes... aunque el regalo que más recuerdo es la cajita musical con una bailarina al centro. Me encantaba verla girar y girar. Esa vez que me la dio, la llenó de chocolates; fue un día grandioso. La abracé y la besé. Siempre se despedía de mí con un «Adiós, nenita»; me lo decía cada tarde, hasta la última vez.

Ese día mi madre me dijo que había regresado con mi padrastro. Él quería que nos fuéramos a vivir a Ensenada, donde tenía una casa cerca de la playa, y ella aceptó de nuevo sin consultarme. Nos iríamos en cuanto yo terminara la secundaria, en menos de un año. Así, dejé de ver a mi abuela; perdí a la familia a la que con tanto miedo y trabajo me había costado adaptarme. Al mismo tiempo, me sentía contenta de volver a tener un padre. Qué confusa estaba en aquel entonces: era una isla perdida en la ciudad.

El tiempo pasó y, cuando tenía dieciséis años, mi tía me avisó que mi abuela estaba muy enferma y que me llamaba entre delirios. Mi abuela, a la que abandoné sin querer y con la que me hubiera gustado crecer si hubiese podido elegir; con la que a veces hablaba por teléfono y le mandaba fotos mías frente al malecón. Nunca volvió a verme; respetó la decisión de mi madre de alejarnos. ¿Por qué no luchó por verme? No lo sabré.

Saliendo de la prepa, sin avisar, tomé el camión en la central de autobuses de Ensenada para ir a Tijuana, sin pensar en las consecuencias. Era llamada por su voz; su «Adiós, nenita» se repetía en mi cabeza. En el camino, la carretera me mostraba un paisaje precioso, melancólico; me puse la capucha del suéter y lloré por quien pude haber sido, por tener el corazón partido en dos.

Su muerte fue rápida: un cáncer agresivo. Al llegar a la casa, me golpearon todos los recuerdos de niña. Saludé a los familiares que recordaba y fui a ver a mi abuela, que estaba en su cama. Primero pensé que estaba dormida, pero luego noté que no roncaba; ni siquiera un silbido salía de su pecho. Escuché un maullido lento y suave: era Florecita. La abracé fuertemente y no me separé de ella. Mi tía me dejó quedármela, además de un álbum de fotografías mías de cuando era bebé, un juego de té de cerámica que tenía en el comedor y también su colección de zapatos miniatura que exhibía con orgullo en la sala, al lado del cuadro familiar de los quince años de mi prima.

Tenía varias llamadas perdidas en mi teléfono, todas de mi madre. Por fin le respondí y le dije dónde estaba. Sentí su voz enojada pero, a la vez, comprensiva por mi escape; dijo que iría por mí y que me acompañaría al funeral.

En cuanto colgué, me eché a llorar en las escaleras del porche, donde tantas veces la vi regar las plantas y tararear. Jamás regresé a esa casa y la conexión con mi familia biológica se perdió. Volví a ser una, a tener solo una familia y no dos, aunque llevase corriendo en mis venas sangre ajena. Una parte de mí siempre pertenecería a mi abuela Teresa. Su gata Florecita la alcanzó unos años después; le lloré mucho, pero entendí que a ella pertenecía.

Muchos años después, cuando nos quedamos mis amigos y yo en unas cabañas en el Valle de Guadalupe, creí ver a Florecita, pero no era la misma. La reconocí por sus ojos color miel. Caminaba con prisa sobre el techo alto de la cabaña vecina y después saltó tan ágil que parecía un vuelo; con mucha paciencia se dedicó a buscar un lugar en el pastizal recién cortado y se dio varias vueltas hasta quedar con la barriga hacia el sol. Se quedó dormida como acostumbraba y entreabrió la boca. Dormía plácidamente hasta que una mariposa se posó sobre su cabeza y la regresó del sueño. Fue ahí que nos vimos. Yo estaba sentada en la poltrona tomando el sol de la mañana, observándola. Sentí que me sonrió con sus bigotes de gata y se acercó sigilosa a mí. Dejó que acariciara su suave pelaje gris y comenzó a ronronear muy bajito. En ese momento escuché, lejos pero muy claramente, la voz de mi abuela: «Aquí estaré para cuidarte, mi nenita».

Soledad o la pérdida de la niñez

Se escucha la sirena de una ambulancia cada vez más cerca. Mi hermano y yo matamos el tiempo jugando canicas en el patio de la casa de mi tía, mientras los adultos platican sin prestarnos mucha atención. Se echan aire con un abanico de mano, sobre todo para espantar las moscas atraídas por el jugo de los gajos de naranja que comen. Es verano y estamos de vacaciones. Mi hermano tiene más canicas que yo porque siempre hace trampa; y es que su mano es más grande que la mía y su cuarta, por lo tanto, es más larga. Pero él no me cree, así que constantemente nos medimos las palmas de las manos para corroborar.

El sonido de la sirena deja de escucharse justo al lado de la casa: una ambulancia se detiene afuera. Mi mamá y mi tía se quedan calladas un momento y se miran entre ellas y a nosotros, como corroborando que estemos bien, que nadie esté herido o sufriendo un paro cardiaco. Como estoy muy distraída por el disturbio del exterior, no me doy cuenta y, de repente, mi hermano llega con su canica al hoyo. Me gana una canica más. Me levanto enfurruñada y mejor me voy al portón de la entrada; me causa curiosidad ver de cerca una ambulancia y también me da un poco de miedo, pero mi mamá anda diciendo que no pasa nada.

A lo lejos se oyen los gritos de Luisa, la vecina, la que es mamá de Sol, una niña más grande que yo y que va en el mismo salón que mi prima. Cuando Sol viene a la casa, se encierran en la recámara de mi prima y no me invitan. Solo son tres años mayores, pero como ya van en la secundaria se creen muy grandes. A veces me quedo sentada afuera de la puerta y escucho la música que ponen en inglés, aunque ninguna le entienda. También coleccionan pósters de actores guapos —según ellas— como Leonardo DiCaprio. Mi tía les pregunta que cómo pueden estar enamoradas de ese güero sin chiste.

Luisa sigue gritando: «¡Que no se la lleven, no, mi hija, mi niña…!». Las adultas se acercan conmigo a la reja. Dos paramédicos están sacando de la casa una camilla con un bulto tapado con una sábana blanca. Mi mamá y mi tía se persignan asustadas. Empiezan a sollozar. Entonces mi mamá me jala del brazo hacia su cuerpo y me abraza con fuerza, como si yo me fuera a ir o algo así. Pregunto qué

pasa, pero en vez de responderme me dicen que me calle, que no pregunte nada.

Veo que mi hermano sacó de la bolsa los soldaditos que nos compraron en el sobre ruedas; los divide en dos bandos y los acomoda tras una trinchera de piedras que improvisó. La mitad de esos soldados son míos, pero no digo nada porque me siento asustada. Mi mamá y mi tía no dejan de repetir: «Dios mío, pobrecita… ¿Pero qué le pasó a Sol? ¿Está muerta?».

Luisa se queda en la calle, casi desmayada, sostenida por su marido, que la abraza y llora con ella. Sus gritos retumban en el callejón. Veo que otros vecinos observan desde sus ventanas, pero al contrario de los mirones, mi tía abre el portón y va hacia ellos. Los acuna entre sus brazos —que pienso que son tan largos que caben la mamá y el papá de Sol—, los encamina a la casa, y mi mamá me suelta y me dice: «Vete a jugar con tu hermano». Yo trato de rechistar y, antes de terminar lo que voy a decir, me dice «shh, shh» y con la mano me ahuyenta.

Los padres de Sol se ven cansados, tienen la cara roja de tanto llorar y se les escurren los mocos sin pena de que los demás los vean. Entran a la cocina y yo me regreso con mi hermano. Reclamo la mitad de mis soldaditos. No tengo ganas de jugar con él, le quito mi parte y escucho que dice «hey, sangrona», pero no me persigue. Creo que él también sabe que algo pasa, aunque no lo demuestre. Finjo que juego afuera de la ventana que da a la cocina, esa donde hay muchas plantas que mi tía riega cada que lava los platos.

Escucho que Luisa sigue preguntándose por qué lo hizo si era solo una niña, que tenía un futuro por delante, que cómo no notó las señales. El papá le dice a mi tía que se la cuide un rato —como si Luisa fuera un bebé— mientras va a realizar todos los trámites necesarios. «Por supuesto, ve con Dios», dice mi tía, y escucho los *muacks* de tres besos. En cuanto la puerta de la cocina se abre, vuelvo mi cabeza al piso, a los soldaditos. El papá se me queda viendo. No puedo sostenerle la mirada y sigo jugando. Se me acerca y me abraza: es un abrazo fugaz, caliente, y me siento incómoda, pero no me hago a un lado. Luego me suelta y se va.

El chiflido de la tetera me asusta, huelo la canela y desearía un té también yo. Mi tía siempre nos ofrece cuando nos sentimos mal o cuando lloramos porque mi mamá tarda más de la cuenta en llegar por nosotros.

Luisa comienza a hablar con una voz robótica, una voz que me da escalofríos porque se escucha vacía. Dice que entró a la recámara de Sol cuando llegaron de una fiesta familiar. La dejaron sola toda la mañana: Sol no quiso ir, aunque le insistieron, y su mamá prefirió darle por su lado para no alterarla. Ya estaba en tratamiento, pero no pensó que fuera eso mismo lo que sería su muerte.

Cuando llegó, la puerta de la recámara estaba entreabierta, y Sol nunca la dejaba así; odiaba que sus padres invadieran su espacio. Cuando su mamá entró, la encontró en su cama. Pensó que estaba dormida a pesar de que vio un reguero de pastillas en el piso. Trató de despertarla una y otra vez, engañándose; su niña ya no estaba ahí.

Recordé que apenas ayer vi a Sol. Llevaba un suéter con las mangas muy largas y parecía que se acababa de despertar. Ya era más de mediodía; yo creo que nadie la regañaba si no se cambiaba, no como mi mamá, que nunca nos dejaba usar pijama después de esa hora. Las dos nos acercamos al paletero que pasa cada tarde. Ella pidió una paleta de limón y yo un cono de vainilla cubierto. Pagué con mi domingo —un dólar— y el paletero me dijo que faltaban diez pesos. Le regresé el cono con vergüenza. Sol me vio y me dijo: «Yo te lo picho», y creo que por primera vez me sonrió. No le dije nada, solo asentí con la cabeza. Luego, cada quien se fue por su lado.

Comencé a llorar; las lágrimas caían aunque trataba de detenerlas con mis manos. Pensé en Sol y en mi prima, que eran tan amigas, y que ya no estarían en la recámara escuchando música que no entienden ni pegando pósters de actores famosos. ¿Quién le iba a decir a mi prima que su mejor amiga se fue? Escuché llorar a mi mamá y a mi tía también. Le decían a Luisa que no se culpara, que ella hizo todo lo que pudo y que ahora Sol ya estaba con Dios, que su dolor ya había terminado. Nunca supe que a Sol le dolía tanto

algo como para querer irse para siempre. Ahora tengo miedo de que a mi prima también le duela tanto y quiera alcanzarla.

A simple vista, César era un hombre feliz y próspero, un joven que apenas alcanzaba los treinta años y que tenía toda una vida por delante. Su trabajo como agente de seguros era agradable y, con las comisiones que ganaba, hasta le alcanzaba para algunos caprichos, como comprar café recién hecho por las mañanas, salir con los pocos amigos que tenía y solventar algunos gastos de su madre, si es que ella lo necesitaba.

César vivía solo; había conseguido un departamento deteriorado, pero habitable, que rentaba a muy buen precio en comparación con lo que pagaban sus amigos, y ubicado además en una de las mejores zonas de Tijuana. Era realmente una ganga y el espacio le parecía inmenso si lo comparaba con su vieja recámara en casa de su madre, donde constantemente se sentía asfixiado.

Pero debajo de toda aquella pantomima de hombre de bien, César guardaba un secreto: pensaba constantemente en la muerte. No es que quisiera suicidarse por sentirse miserable, sino más bien porque la vida no le parecía tan atractiva como para seguir viviéndola de esa manera.

Mientras más pasaba el tiempo, las preocupaciones de César aumentaban, así como sus inseguridades respecto al futuro; mantenerse le generaba pesadez y, sobre todo, muchos gastos. Algo que las preguntas de su madre empeoraban. «¿Cuándo tendrás novia, César?», «¿No hay alguna muchacha que te guste… o muchacho?». Preguntaba como resignada, esperanzada a que su hijo alguna vez estuviera acompañado. César, por su parte, se preguntaba si tendría hijos y, de ser así, ¿a qué edad? ¿Cómo los mantendría? Y sobre todo, ¿con quién los tendría?

Apenas sus ahorros le habían alcanzado para comprar un carro, uno de los objetivos del año, y las preguntas de los otros no paraban de llegar: «¿Y para cuándo la casa?». La vida le parecía un inventario infinito, una checklist que jamás completaría, una que le parecía eterna y le drenaba toda esperanza.

César se preguntaba si su ciclo en el trabajo ya había terminado y solo estaba ahí por el ingreso fijo; se puso a pensar en lo que haría si no lo tuviera. Llevaba casi diez años haciendo lo mismo, cuando algunos de sus excompañeros ya tenían hasta su segunda fuente de

ingresos. César sentía la constante desesperanza de creer que la vida era eso que les pasaba a otros. Se sentía como un hombre desafortunado, sin algo o alguien que lo motivara en lo más mínimo; incluso dejó de interesarse en mirar a las mujeres.

Últimamente pasaba horas de insomnio imaginando ideas que no llegaban a ningún sitio, como una ráfaga de pensamientos que lo dejaban mentalmente adolorido, una tras otra. Se imaginaba casándose con una mujer a la que no le podía ver el rostro y siendo padre de unos hijos imposibles de visualizar. Recuerda que una vez tuvo una novia en la preparatoria de la que nunca se sintió realmente enamorado, pero cuando terminaron, a los pocos meses, comenzó a sentir un hueco en el pecho, como si ella hubiera robado algo de él.

Otras veces se imaginaba que podría ser un hombre exitoso, algo así como un coach de vida que da conferencias de motivación en diferentes empresas. Esos pensamientos eran como dagas de circo ambulante traspasando su cuerpo y lo ponían ansioso. No se recuperaba de la idea de una vida imaginaria, que no tenía, cuando de pronto venían otros pensamientos igualmente fantasiosos que no le daban tiempo de regresar a la realidad.

Morir era una idea atrayente; se imaginaba a la Muerte señalándolo con su dedo larguirucho y afilado, presentándose como el sueño reparador que tanto necesitaba —una noche larga—, y el silencio de los pensamientos lo seducía.

Un final al «deber ser».

A nadie le contaba estas ideas, pues le daba vergüenza que lo confundieran con debilidad o que lo tacharan de mediocre. Se justificaba pensando que no sería capaz de suicidarse y que, además, no sabría cuál sería el método efectivo. Sin embargo, algunas noches se sorprendía a sí mismo haciendo largas búsquedas en internet sobre la manera más rápida y menos dolorosa de morir. Se le ocurrió también cómo hacerlo parecer un accidente para que su madre no cargara con el costo ni con el estigma que acarreaba tener un suicidio en la familia.

César ya sabía que las cláusulas del seguro de vida no cubrían tal motivo de muerte; muchas veces había tenido que explicárselo muy

bien a sus clientes. Lo decía de una manera discreta, como si la palabra «suicidio» —con solo el hecho de pronunciarla— pudiera causar la muerte. Como cuando a uno le da pena decir «pornografía» o «masturbación», o cualquier otra palabra que levante miradas y te señale.

Le parecía una acción casi imposible de llevar a cabo. ¿Cómo quitarse la vida sin que se supiera que era a propósito?

Un domingo común, después de limpiar su departamento, pensó que podría intentarlo. Era 28 de febrero, fin de mes, no tenía pendientes en el trabajo, acababa de cobrar las comisiones de las pólizas que le correspondían y los servicios del departamento estaban cubiertos. Era el momento perfecto: si algo no salía según lo planeado, tendría suficientes ahorros para hospitalizarse y que lo revivieran como un Frankenstein moderno.

Cerró las cortinas de su casa, cuidando que ninguno de los vecinos lo observara, ni siquiera Dios. Abrió su computadora y cada vez que buscaba «maneras de suicidarse sin dolor», el buscador arrojaba un número telefónico de línea de apoyo y las primeras páginas eran meramente de ayuda.

RECIBE AYUDA, PIDE AYUDA HOY.
LÍNEA DE LA VIDA, LLAMA AL +800 911 2000.

Hasta que dio con una aplicación para entrar a la dark web. Una vez dentro, tecleó «asesino a sueldo», «sicarios», «suicidio» y aparecieron más resultados de los que esperaba. ¿Contrataría a alguno para hacer el trabajo? ¿No dejaría eso muchos cabos sueltos para algo que quería hacer discretamente? Cuando se disponía a cerrar la computadora, le saltó un anuncio de una mujer rubia y esbelta usando un bikini de estampado militar:

¿ESTÁS BUSCANDO UNA VENGANZA DISCRETA? HAZ CLIC AQUÍ, NOSOTRAS SOLUCIONAMOS TUS PROBLEMAS.

El enlace lo llevó a una página de chat. Pensó que eran servicios para cumplir fantasías sexuales o alguna cosa así. Fue una conversación muy rápida; era un grupo de mujeres que se

dedicaban a matar hombres: llegaban con la víctima fingiendo que alguien las había mandado como regalo sexual y, una vez sometido al susodicho, lo mataban, le tomaban una foto y la enviaban como evidencia. El pago se hacía una vez cumplido el trabajo. ¿Así de fácil era?

César no dudó ni un segundo y las contrató para él mismo, sin revelarle su identidad a las *KillerQueens*, como se hacían llamar. Estaba decidido; dio la orden de que pareciera un atraco y que dejaran su cuerpo en la sala de su casa, vestido y con la menor sangre posible. La minuta consistía en que las *KillerQueens* llegaran pasada la medianoche; para ese momento, César se tomaría unas pastillas de clonazepam para relajarse e intentar dormir, y dejaría la puerta principal abierta para que la operación fuera más sencilla.

No podía dejar una carta de despedida, pero antes de morir, si la situación se lo permitía, pensaba que podía mandar un audio a su madre despidiéndose. Eso sí, dejó una nota para la asesina y efectivo en una bolsa, ya que no habría quien les pagara el servicio. Era ateo, pero rezó antes de dormir, o eso intentó.

Se vistió con su mejor pijama, se lavó los dientes y la cara, y se fue a la cama. A la 1:15 a. m. lo despertó el cañón frío de un arma pequeña; con la poca luz que entraba por la rendija de las cortinas, pudo ver a un cuerpo esbelto con abundante cabello sosteniendo el arma.

—Te envía saludos, César —dijo con la voz más sensual que había escuchado.

En ese entonces, su alma errante por fin entró a su cuerpo y César se sintió más vivo que nunca. Una corriente eléctrica lo recorrió de pies a cabeza, concentrándose en una erección que hizo de su miembro un mástil. La mujer lo notó y bajó el arma, haciendo un recorrido lento hasta llegar a su entrepierna, que incluso entre cobijas se notaba abultada. La mujer sin rostro se acercó hasta su oído y, después de juguetear, volvió a apuntarle a la cabeza con el arma.

—Dulces sueños, cariño —le dijo en un susurro.

César quiso decirle que se detuviera, pero el gatillo ahogó sus palabras y, con ello, llegó por fin el deseo de vivir.

Antología de una tormenta: versión karaoke

Cuando era más joven, vivía creyendo en la leyenda oriental del hilo rojo, ese que nos conecta al amor de nuestra vida, al que siempre estaremos unidos o destinados pase lo que pase, y que tarde o temprano encontraremos.

Pero el día en que pensé que lo había encontrado, apareció un problema: yo ya tenía pareja. Llevábamos unos cuantos años juntos y, aunque a veces discutíamos, la relación pintaba para un largo futuro... hasta aquella noche.

Se avecinaba una tormenta ya pronosticada en la ciudad, pero a mis amigas y a mí nos valía madres en ese entonces; nos pusimos de acuerdo para vernos en El Chanfle, un karaoke de mala muerte que acostumbrábamos visitar. Era un lugar pequeño donde las mesas apenas cabían, con espejos en las paredes donde podías ver tu reflejo al momento de cantar; solamente tenía un micrófono que pasaba de mano en mano, pero la caguama estaba bien barata, el servicio era decente y, además, nos encantaba la bola de disco que colgaba del techo.

Un karaoke de verdad, donde todos cantaban pésimo y abucheaban a los que se las daban de cantantes de *La Academia.* Y, efectivamente, como se anunciaba, la tormenta cayó puntualmente y llegamos todas remojadas, buscando entrar en calor. Cuando ya estaba entrada en copas, no quise perder la oportunidad y pedí la canción *La gata bajo la lluvia*, muy adecuada para la ocasión. Para nosotras eso era lo más graciosísimo que sucedía, además del don borracho que cantó *Hasta que te conocí* del difunto Juanga y que el mesero tuvo que sacar a rastras por no querer soltar el micrófono.

«¡Y maullaré por tiii…!», grité recalcando mucho las íes y apuntando a Laurita con el dedo, que era la más tímida del grupo y nunca cantaba. Las demás me siguieron el rollo y maullaron en manada para romper en carcajadas exageradas. Ya estaba en la

parte del final que dice: «Ya lo ves, la vida es así, tú te vas y yo me quedo aquí, lloverá…», cuando sentí una mirada sobre mí que me subió como fuego desde la planta de los pies hasta las mejillas, que ya imaginaba rojas, rojas. Al voltear, noté que una chica me veía fijamente. Llevaba lentes de montura negra y una boina, muy al estilo de poeta maldito. Ninguna mujer me había provocado tal sentimiento antes; había algo que me atraía de sus ojos pequeños y oscuros, algo en la manera en que tomaba el vaso y se lo llevaba a la boca para beber su cerveza espumosa.

Sentí un cosquilleo entre mis piernas y bajé la mirada un poco; aquella chica me provocó escalofríos, sentí que la deseaba. Para esa edad, ya había pasado por experiencias con algunas mujeres, aunque nada serio. Desde que andaba con Julio le había sido fiel y mis sentimientos le pertenecían; sin embargo, siempre hubo una parte de mí que sabía que se engañaba, pues seguía buscando atenta ese hilo rojo en todas partes.

Terminé de cantar la bella canción interpretada por Rocío Dúrcal con mi espantosa voz y sentí eso que describen en las películas románticas: el tiempo se detuvo en sus ojos, el ruido paró un instante que pareció eterno y los demás en el karaoke desaparecieron entre el humo del cigarro y la mariguana.

Nos vimos, nos reconocimos de otra vida, de otros tiempos. En ese momento supe que mi extremo del hilo estaba conectado a ella y, por fin, lo había encontrado; nos haríamos una bola de estambre esa noche. A ese punto, el alcohol ya había hecho efecto en todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo, las risas eran más cálidas, el micrófono me pertenecía, las voces entonaban perfectamente las canciones y, por supuesto, aquella chica era la ideal, la que siempre había buscado sin saberlo.

Julio y yo habíamos discutido. Cuando le dije que saldría con Laurita y las demás, se molestó, me tiró de loca y me reclamó que ni la tormenta me detenía. «Julio, ya deja de sermonearme», le dije antes de colgar la llamada. Olvidé que quedamos en pasar la noche juntos escuchando la lluvia, un plan así medio romántico, pero el plan del karaoke me borró el tape y, bueno, por algo pasan las cosas.

Esa noche el plan de Dios se desenvolvió perfectamente. Un muchacho de unas mesas atrás pidió una canción de Café Tacvba; nunca la había escuchado, pero desde aquella ocasión es de mis favoritas. La letra dice: «No me hubieras dejado esa noche, porque esa misma noche encontré un amor…». Me pregunto qué sería distinto si me hubiera quedado con Julio acurrucada, escuchando las gotas chocar contra la ventana en vez de salir al Centro. Quizá tuviéramos dos hijos ahora o viviríamos en Argentina, como él quería. Nunca lo sabré.

La siguiente canción la cantaba ella, era una de Emmanuel, y en el coro que dice: «…Toda la vida, sabiendo siempre que me esperas, siempre segura de ti misma, siempre mujer, siempre perfecta…», se dirigía a mí. Su voz era ronca, como tratando de imitar al cantante. Al final de la canción aplaudí como a nadie; le dediqué cada sonido que emanaba el golpeteo de mis manos, consciente de darle todo mi reconocimiento, de decirle: «Sé que soy yo a la que esperas».

Vi que se levantó al baño y la seguí. Adentro había dos cubículos; me asomé al primero y no estaba. En el segundo mi mano se detuvo un instante en el aire, dudosa de entrar. Era «el momento decisivo», el que podía cambiar toda mi vida. Aún podía irme, pero empujé la puerta. Lucía me invitaba a entrar a su mundo. Sentía el corazón en la boca, dando latidos rápidos y feroces; di un paso adelante y nuestros labios se juntaron una y otra vez, como si para eso hubieran nacido. Podía sentir el roce de su cuerpo sobre el mío; no sabía dónde comenzaban mis manos y terminaban las suyas, los ruidos los callábamos a besos. Le quité los lentes y me vi a través del brillo de sus ojos; sus besos bajaron a mi cuello provocando que me contoneara aún más hacia ella; me mordió el labio tan fuerte que todavía puedo sentir el dulce dolor y su aliento a cigarro entrando a mi boca.

—Paula, mucho gusto —le dije todavía con el corazón acelerado.

—Lucía —respondió sin dejar de tocarme.

«Brillante» o «luminosa» significaba su nombre; encajaba perfectamente con ella. Me besó unos momentos más hasta que alguien quiso entrar al baño y gritamos al mismo tiempo: «¡Ocupado!». Enseguida me pidió mi número de teléfono y, aun en

el éxtasis, pensé en Julio; en que, aunque podría ser la persona más aburrida del mundo, no podía dejar entrar a Lucía, no de esa manera. Me sentía muy culpable, tanto que se me bajó la borrachera. Le respondí que no tenía celular, que mejor ella me diera su número y yo le escribiría. Sacó una servilleta y la pluma negra que usaban en el karaoke, anotó y dobló el papel cuidadosamente, entregándomelo.

Lo guardé en mi bolsillo como oro, para que nadie supiera que traía conmigo un tesoro, un secreto; ni siquiera mis amigas lo sabrían. Estaba segura de que jamás pulsaría las teclas del celular para marcar su número, no hasta que solucionara el dilema llamado Julio o hasta que definiera qué sentía esa noche; quizá era mi borrachera simplemente.

—¡Ya dejen de coger! —gritó una voz enojada.

Tocaron la puerta con desesperación y le dije a Lucía que tenía que irme; le tomé la mano un instante y nos separamos. Saliendo del baño, cada quien se fue a su mesa y no volvimos a cruzar miradas en el transcurso de la noche.

No pude dormir, no quería olvidarla y, además, vomité todo lo que bebí y comí. Al día siguiente, Julio se disculpó por su actitud y llevó a mi casa un kit antirresaca que me cayó de maravilla. Cómo lo odiaba. Por qué no podía ser un patán y hacer más sencillo que rompiera con él. Estúpido Julio.

Así que un día, después de darle muchas vueltas al asunto y mucho antes de decirle a Julio que ya no lo amaba, marqué el número. Como en un estado de hipnosis, mis dedos pulsaron diez teclas; luego el timbre de espera todavía me daba una última oportunidad de colgar y puedo jurar que, justo cuando decidí hacerlo, escuché al otro lado de la línea un: «¿Hola?».

Ese fue el inicio de mi eclipse total de amor, un largo caminar directo al desamor, a mi lección de vida. Mi evento canónico. Mi convicción de que no debía creer en las sonrisas que te invitan a pasar sin señal de precaución. Quién hubiera imaginado que mi hilo rojo estuviera atado a otros carretes. Maldita Lucía, no venía con advertencia ni con sello de material radioactivo. Caí ante el hechizo de la Medusa moderna.

Cual masoquista, algunas veces volvía al karaoke para recordar quién era antes de ella, pensando en el tiempo dedicado a creer en un amor «todopoderoso», pero la vida es una experiencia de aprendizaje, ¿no? Autoconvencimiento, sobre todo.

Al lugar iba la misma clase de personas que cuando la conocí, pero ahora veo con nuevos ojos la porquería del lugar y ya no lo siento parte de mí. Esta vez sé que no volveré, así que me esfuerzo por afinar lo más que puedo. Elijo la canción *Adiós* de Cerati y con muchas ganas entono la parte que dice: «Separarse de la especie por algo superior no es soberbia, es amor. Poder decir adiós es crecer…». Y la entonación es tan perfecta que me abuchean.

No vuelvo a pisar ese lugar, pero sobre todo, dejo de creer en las leyendas orientales.

Huyendo del invierno

Antes de que el invierno llegara por completo, Sara y su hija, Laura, se preparaban para ir a la ciudad por provisiones.

Hacía poco tiempo que se habían mudado a un pequeño poblado a las afueras de la ciudad; esto con el propósito de llevar una vida más tranquila. Los vecinos las recibieron cálidamente y a algunos ya casi podía llamarlos amigos, sobre todo porque eran muy buenos con Laura, quien dentro de poco cumpliría doce años. Para evitar dar explicaciones sobre su mudanza repentina, a sus vecinos les decía: «Escapamos del ruido y la contaminación de la ciudad». No era una mentira del todo; el ruido era parte de su pasado y quería dejarlo muy atrás para que Laura creciera en un hogar sano y alejado de la violencia que vivieron.

—Cariño, ¿lista para marcharnos? Debemos regresar antes de que oscurezca —dijo mientras les echaba un vistazo a las llantas del vehículo, al que recién le había colocado las cadenas para la nieve.

A Laura le encantaba cuando iban a la ciudad. El viaje en carretera la emocionaba, aunque siempre terminaba quedándose dormida.

—Eres una mala copiloto —decía Sara, riéndose.

A medio camino, Sara disminuyó la velocidad repentinamente al darse cuenta de que se formaba tráfico y, en automático, bajó el volumen de la canción que venían cantando. A unos metros adelante vio un accidente. Rodeado de patrullas de policía y ambulancias, se encontraba un carro con el chasis hacia el cielo. Llamó su atención una mujer parada en medio del caos; se notaba conmocionada y herida, y Sara no sabía por qué aún no era atendida por algún paramédico. Era como verse en un espejo viejo, y entonces recordó todo…

Luis: un nombre que por muchos años significó angustia y miedo. La calma que lograban Sara y su hija, Luis se las arrebataba cuando tenía un mal día en el trabajo, como si ella fuera un saco de boxeo. Procuraba no molestarlo para evitar encender el tic-tac de la bomba que explotaría en cualquier momento, por cualquier razón.

Cuando Sara y Luis se conocieron, ella no vio las señales. Él, un hombre apuesto y trabajador, abogado defensor de causas justas ante el juzgado; ella, quien preparaba sus estudios para la misma carrera. La diferencia de edad nunca fue un tema para ella, hasta

que Luis comenzó a mostrar celos por los compañeros de Sara. Ella no diría que todo fue color de rosa en un inicio, pero aun así se quedó. Algunas noches sigue pensando en el porqué.

Antes de terminar la carrera quedó embarazada; era uno de sus sueños, solo que lo esperaba en un futuro más lejano. Luis se volvió loco de felicidad y rápidamente decidieron (más bien él) que vivirían juntos. Antes de eso, una boda sencilla en el registro civil y listo: ya eran una familia.

Con el tiempo la situación fue escalando. Cuando nació Laura, su esposo, quien mostraba hartazgo ante los llantos de su hija y el desorden de la casa, pasaba menos tiempo con ellas, lo cual era una bendición para Sara. Toda su alegría la vertió en su pequeña y fue entonces cuando comenzó a pensar que era el momento de separarse. No obstante, necesitaba tiempo, organizar las cosas y, sobre todo, sus pensamientos.

Se sentía sola, alejada de su familia para no tener que dar explicaciones de los moretones que le aparecían de repente porque «era muy torpe», de su apariencia cansada o del poco brillo de sus ojos.

Luis nunca había tocado a Laura, hasta el día en que ella, sin proponérselo, dañó archivos importantes de la computadora de su padre: un jalón fuerte y sus dedos quedaron marcados en el brazo por días. El miedo se instaló en los ojos de Laura, así como la culpa en Sara por no impedirlo, por tardar años en rebelarse y en alejarse del hombre que le prometió cuidarla. ¿Se lo había prometido de verdad o ella se lo había imaginado todo?

Aquella noche fue la definitiva, el motor que necesitaba para decidir el «nunca más», la valentía que anhelaba para irse.

Sara había pasado la mañana tratando de recuperarse de un terrible dolor de estómago, tan fuerte que no llevó a Laura a la escuela. Su marido tenía dos días sin llegar a casa, aunque ya no le extrañaba: de repente se ausentaba. Lo que le preocupaba era que tras él llegaba un huracán del que ella y su hija debían protegerse. A veces, para que Laura estuviera alejada de aquella destrucción, jugaban a la pijamada y dormían ambas en el cuarto de la pequeña.

Esa noche no lo esperaba. Luis entró a la recámara. Se metió a la cama sin hacer ruido y comenzó a tocarla suavemente; luego con fuerza, tanta fuerza que lastimó a Sara y ella gimió de dolor. El sexo entre ellos ya no era amoroso; era una rutina que ella cumplía muchas veces sin deseo alguno. No era la primera vez que actuaba así, pero casi siempre podía zafarse. Esta vez no.

Sintió el cuerpo de Luis sobre ella, sofocándola. Le tapó la boca, tal cual hace un violador con su víctima, se desabrochó el pantalón, le abrió las piernas y entró en ella como una barra caliente, atravesándola una y otra vez. Cuando terminó, se echó a un lado y le dijo:

—¿Por qué lloras? ¿No lo hacías así con tus amiguitos de la escuela?

Sara se levantó enojada y, por encima de todo, humillada. Fue rápidamente al cuarto de Laura, su lugar seguro. Pensó que, como en otras ocasiones, Luis se quedaría dormido; no obstante, fue tras ella.

Hoy era el día en que el huracán destrozaría todo a su paso. Antes de que Sara cerrara la puerta, Luis la detuvo de una patada. Laura se despertó asustada y vio cómo su padre abofeteaba a su madre. Comenzó a llorar y explotaron los gritos de ambas. Un forcejeo y una cachetada que hizo sangrar a Laura.

Furia.

La furia se encendió en el cuerpo de Sara y tomó el *bat* que guardaba en el clóset de Laura. Golpeó a Luis; una sola vez hubiera bastado, pero lo hizo varias veces, quizá un golpe por cada año vivido a su lado. Solo cuando fue consciente de que su hija repetiría esta escena en su cabeza quizá por el resto de su vida, se detuvo. Asustada, se recompuso y se acercó a Laura con miedo de que la rechazara, mas ella la abrazó fuertemente. Luego se acercó a Luis, pensando que lo había matado; sin embargo, para su mala o buena suerte, seguía respirando.

Se dio cuenta de que el llanto no surgía de Laura, sino de ella: temía que Luis despertara y esta vez la matara. Debía actuar rápido: llevaría a Luis al hospital más alejado que pudiera o lo dejaría en la carretera si despertaba antes. Aunque no pensaba con claridad, sabía que tenía que sacarlo de casa.

—Escúchame bien, cariño —le dijo a Laura entre lágrimas—. Lo siento muchísimo, siento todo lo que he dejado que nos suceda. De ahora en adelante, nada nos pasará.

Tomó a Luis de las piernas y en el acto supo que era demasiado pesado; no lograría sacarlo a rastras sola. Como si Laura la hubiera escuchado, se acercó y tomó una de las piernas de su padre, creando así un pacto con su madre. Entre las dos lo metieron al carro y comenzaron el viaje.

Sara manejó lo que le parecieron horas; solo se veían algunas luces de carros que circulaban en la madrugada.

A los primeros rayos del amanecer, prendió la radio y se puso a tararear una canción que sonaba. Laura se le unió en automático. Las dos seguían conmocionadas, pero esa era una forma de tranquilizarse.

—¿Despertará papá? —preguntó Laura, preocupada.

—No lo sé, cariño —dijo Sara, conteniendo las lágrimas y la culpa de quitarle un padre a su hija.

—No quiero que despierte —confesó la niña muy seria.

Sara deseaba que no lo hiciera, aun sabiendo las consecuencias. Del asiento de atrás no se oía ningún ruido. Se limpiaba la sangre de Luis que le había salpicado la cara y se secaba las lágrimas para mantenerse fuerte y que su hija se sintiera segura.

No recuerda todo lo que sucedió después, pero sí que unas luces altas la deslumbraron. Un parpadeo provocó que derrapara en el camino, dando volteretas, seguido de un impacto. Su cuerpo volaba por los aires; era como un sueño. Unos segundos de libertad en los que no supo nada más de sí misma, donde sus pies no tocaban el piso y parecía que le habían crecido alas. ¿Había muerto?

Se sentía aturdida al volver en sí. Su cuerpo había salido proyectado, cayendo sobre la nieve. Vio sus brazos y manos con pequeños cortes; se levantó a pesar del dolor. Brotaba sangre de la cual no sabía de dónde o de quién era. Caminó trabajosamente cuesta arriba buscando a su hija. A lo lejos vio el carro volteado a un costado de la carretera. Se acercó a una multitud de patrullas y ambulancias que llegaban al lugar del accidente.

—¡Laura, Laura! —gritaba usando toda la fuerza que le quedaba en el pecho.

Se acercó al carro evitando cualquier contacto con otros. Vio que su hija la buscaba con la mirada; se veía muy herida, pero la tranquilizó saber que estaba viva. Corrió hacia ella para abrazarla y escuchó que alguien dijo:

—Hay una persona en el vehículo sin signos vitales.

De reojo vio a un equipo de paramédicos y un cuerpo cubierto sobre una camilla. Le preguntaron si era su marido y ella respondió que sí. Algo dentro de Sara, por primera vez, respiró. Ya no existía huracán que arrasara con ellas.

Se quedó parada en medio de la carretera, observando a los autos pasar, mientras un oficial de tránsito dirigía el tráfico que comenzaba a disiparse.

Buenos vecinos

En la casa de la esquina, los boleros no dejaban de escucharse desde hacía una semana. «La viejilla está enamorada», eso decían sus vecinos. Aunque no sabían de quién, pues la mujer tenía muy mal genio y no se llevaba bien con nadie. Los vecinos tenían razón: nadie congeniaba con la viejilla de nombre Eugenia, a excepción de don Arturo, un señor que rondaba la misma edad, conservaba el carisma de su juventud y era muy bien educado para los estándares de la colonia. Ambos eran ya solteros: la primera porque se divorció y el segundo porque enviudó.

El perro sin dueño que alimentaba Eugenia no dejaba de llorar afuera, en la banqueta. Extrañaba los arrumacos de la mujer y las sopitas con huevo que le daba en las mañanas. «Pobre perro, feo y viejo como ella», decían los vecinos, quienes solían correr a escobazos a los animales callejeros.

Eugenia baila en su casa al ritmo de Los Panchos. Se abraza a un hombre que armó con la ropa que don Arturo le regaló —esa que aún huele a él—; no porque le guste el señor, sino porque ella piensa que está a su nivel. Aunque no terminó ni siquiera la secundaria, cree que su vecindario está lleno de mugrosos y maleducados: «nacos», como le encanta gritar cuando sale a vender ropa en el porche de su casa.

Con cada compás se acerca más al cuello del hombre que formó. Huele a hombre de verdad: una mezcla de hierbas del bosque y suave tabaco. Se acurruca más a él y el hombre de trapos no le dice nada; deja que lo haga suyo con cada nota musical:

«Te puedo yo jurar ante un altar mi amor sincero, a todo el mundo le puedes contar que sí te quiero».

Hace una semana vio a Eugenia en una visita de vecino cordial. Le llevaba un costal de ropa que ya no usaba para que ella se ayudara con lo que vendiera. No sabía por qué esa señora le despertaba lástima; aunque esa palabra le parecía muy fea, era cierta. Sabía que Eugenia era relegada por sus vecinos; la verdad es que ella también se lo había buscado. Si alguien se estacionaba frente a su casa, hacía un escándalo; si algún vecino hacía más ruido del que ella aprobaba, corría a darle de escobazos en la puerta. Sabía que Eugenia no era amable. Sin embargo, pensaba que la amargura era

a causa de la edad; a él a veces también se le olvidaba sonreír. En fin, era un acto de empatía para la pobre vecina.

Eugenia le abrió la puerta sorprendida y, en cuanto se dio cuenta de quién era el visitante, le sonrió. Lo invitó a pasar y también a un café.

—Don Arturo, qué gusto verlo. ¿Qué lo trae por aquí? No me diga que los hijos de Gloria volvieron a molestarlo con el timbre, estos desgraciados… —No, doña Eugenia, nada de eso, no se preocupe. A fin de cuentas son chiquillos, déjelos ser —dijo un poco apenado y calmando los nervios de la señora—. Vine a traerle este costal de ropa que nada más se me está acumulando en el clóset. Pensaba que tal vez usted quisiera venderla; veo que pone un puesto. No me ofendo si no la acepta, solo pensé que podía ayudarse con esto. —Tan amable que es usted, don Arturo. Ya no quedan vecinos así. ¿Sabe qué? Mary, la que vive enfrente, me robó mis macetas que tenía en el porche. Ella dice que no, pero yo sé que sí; me las chuleaba tanto, más bien me las envidiaba. —Muy rico el café —dijo don Arturo, para traer de nuevo a Eugenia al presente y no dejarla vagar en sus pensamientos contra sus vecinos.

Fue en ese momento que don Arturo comenzó a sentirse mal. Le faltaba el aire, se sentía incómodo, adolorido.

—Creo que ya va siendo hora de irme —dijo, sintiendo el sudor en la frente—. Ya es tarde y aún tengo algunos pendientes por hacer antes de que llegue la noche.

Deseaba llegar ya a su casa y se despidió abruptamente de su vecina.

—Que pase buenas noches, doña Eugenia —dijo, tratando de levantarse del sofá.

Eugenia abrió el costal de ropa y vio que toda era de muy buena calidad; no esperaba menos si provenía de don Arturo. Camisas, sacos, pantalones, corbatas. Todo en muy buen estado y bellísimo, demasiado como para venderlo en esta colonia de pobres, pensaba, acariciando la tela suave de una camisa azul cielo. Sacó un pantalón café de cuadros que combinaba perfectamente. Los acomodó sobre su cama y se acostó sobre las prendas. Extrañaba vivir con alguien,

con un hombre que la protegiera, no como su exmarido, que se largó con otra y, lo peor, más joven.

A veces usaba su celular. En Facebook tenía una foto de perfil donde se veía mucho más joven; los filtros escondían su verdadera edad. Estaba también en un grupo llamado «Amigos de todo el mundo», donde subía fotos buscando likes y sostenía conversaciones que nunca llegaban a nada serio. Todos le parecían horribles y cochinos; le pedían fotos desnudas, y eso no era para alguien que se consideraba decente, se decía a sí misma.

A veces peleaba con algún vecino por cualquier tontería: el coraje le daba vida. Otros días despertaba de buen humor e invitaba a alguna compradora a ver la remodelación de su cocina o las cortinas nuevas, sin importarle que fueran extraños. La viejilla, aunque no lo dijera, necesitaba ser incluida en el vecindario, ser querida por alguien.

—¿Cómo te llamaré? —se preguntó viendo al muñeco que cobró forma con la camisa azul y el pantalón de cuadros que rellenó con almohadas—. Si te llamo como mi ex será muy enfermo. Ya lo olvidé. Te llamarás Diego. Mi Diego —y después besó al hombre ideal creado por ella.

Diego y Eugenia pasaban los primeros días amándose. Aunque Diego no era muy platicador, ella lo acariciaba, charlaba con él y bebían café por las tardes. Era muy respetuoso y no se había propasado ni pedido fotos desnudas. Aunque, en el fondo, deseaba que ya lo hiciera.

Fue una noche cuando Diego por fin la tocó. Uno de sus brazos rozó su pecho con una intención evidente, y ella lo supo cuando lo vio: la mirada de Diego era de deseo, y ella también lo deseaba. Le desabotonó la camisa y bajó su mano para desabrocharle el pantalón. Fue una noche maravillosa, placentera, como hacía años no tenía. Diego ni siquiera le cuestionó las cicatrices que llevaba marcadas en el brazo; a fin de cuentas, aquello fue un error, realmente quería seguir viviendo.

Al día siguiente Diego se comportó frío, distante. Se veía sucio y el brillo que emanaba se estaba apagando. No se acercaba a Eugenia, le volteaba la cara, y ella por fin se dio cuenta de qué sucedía: él

solo la había querido para eso, lo que todos los hombres buscan de una mujer decente y necesitada de afecto.

—¡Maldito seas, Diego! Solo me usaste para satisfacer tu placer. ¿Qué te hice? Dímelo, mírame a los ojos, no me escondas la mirada.

De la ventana de Eugenia ya no salían boleros, sino gritos y una pestilencia de animal muerto. La viejilla podría ser de todo, mas no se le conocía por ser sucia o acumuladora. Gloria trataba de ver desde su ventana a quién le gritaba tanto, si la viejilla vivía sola. Vio al perro callejero aún en la banqueta y lo tomó de pretexto para acercarse a la casa de la esquina.

Nunca había visto algo así. Su vecina, de quien ya sabía que no estaba muy cuerda, estaba eufórica con un cuchillo sobre el brazo; gritaba a un muñeco de trapos sentado en el comedor.

—¿Eso quieres que haga? Lo debí haber hecho aquella vez. Todo es lo mismo: el mismo vecindario, la misma gente. Creí en ti, Diego, dijiste que me amabas.

Gloria corrió de inmediato a su casa, buscó su celular y llamó al 911. Sí, le caía mal la viejilla, pero hay que ser buenos vecinos en situaciones como esta. Un oficial de policía tocó la puerta cuando Eugenia intentaba profundizar el corte vertical en el brazo.

—¿Quién es? —gritó ella. —Oficial de policía —dijo una voz varonil —. Señora, abra la puerta, por favor. Los vecinos reportaron disturbios y queremos saber si todo se encuentra en orden.

Eugenia abrió de a poquito la puerta, mostrando la mitad de la cara con una expresión desencajada, llorosa y el cabello revuelto. El oficial, extrañado al verla, le preguntó si se encontraba alguien con ella o si vivía sola.

—Sí, vivo con mi novio —respondió Eugenia. —¿Podemos pasar a hablar con él? ¿Se encuentra herida? —dijo el oficial, buscando con la mirada sobre ella.

En ese momento a Eugenia se le ocurrió una idea, una manera de cobrarle a Diego el sufrimiento, su traición. Abrió la puerta de golpe, espantando al oficial por la acción tan espontánea.

—Sí, estoy herida, oficial, mire lo que me hizo —dijo mostrándole los brazos. La mujer se encontraba pálida y sudorosa—. Fue Diego. —Señaló el sofá.

El oficial siguió su dedo y vio primero al muñeco de trapos, torcido, con la camisa azul y el pantalón de cuadros. Luego, al lado, el cuerpo rígido de don Arturo, hundido en el asiento, con la piel oscura y la mirada fija en el techo.

En la casa de la esquina ya no sonaban boleros. Solo se oía el llanto de un perro afuera, rascando la puerta.

ENTRE TEJIDAS ANDAMOS

Fue cuando cumplimos treinta años que Lina, mi mejor amiga, y yo nos propusimos recorrer la Baja en carro hasta llegar a La Paz, dejando atrás las responsabilidades de la vida adulta: trabajo, novios, fracasos y problemas. En cuanto guardamos nuestras maletas en la cajuela de la camioneta, sentí como si volviéramos a ser las viejas amigas que se conocieron en la universidad hace más de diez años. Estaba muy emocionada por pasar días con Lina; desde que salimos de la carrera habíamos planeado este viaje, pero por una cosa u otra se posponía, y este año por fin se haría realidad.

El itinerario consistía en salir muy temprano de Tijuana para alcanzar a llegar con sol a Mulegé, donde acamparíamos en la playa. Lina sabía que yo no era fan de esa actividad, pero fue ella misma quien me recordó la ocasión en que fuimos a Laguna Hanson y me maravillé con el cielo estrellado; esa fue su manera de convencerme. La forma en que lo hacía era tan sutil que, cuando menos lo esperé, ya me encontraba emocionada guardando la casita de campaña, linternas, kit de emergencia, bolsa para dormir y otras cosas que había comprado para estar cómodas.

Me gustaba la conexión que Lina tenía con la naturaleza; la admiraba genuinamente, pues para ella cualquier montaña era sagrada: veía la magia de la vida en una flor o en un amanecer frío. Ver su emoción me transmitía una dicha pura, como recordándome lo afortunada que era de vivir y de disfrutar de momentos y lugares que, para mí, sin su visión podían pasar desapercibidos.

Para el camino descargué un montón de música y ella preparó una lista de reproducción, «Música para viajar con mi mejor amiga», que incluía desde la Banda El Recodo hasta The Lumineers, para cualquier humor que nos tomara por sorpresa en la carretera. El primer tramo acordamos que lo manejaría ella, pues a mí me daba ansiedad comenzar el viaje; necesitaba primero acostumbrarme a las horas en la carretera, sentirme segura y en confianza, sobre todo. Lina me recordaba a esa contención que yo encontraba en mi casa, mi lugar seguro.

El año pasado había comenzado con ataques de ansiedad; había sido un año duro para mí, pues acababa de terminar una larga relación y ella, por el contrario, se casaría el siguiente año con el

amor de su vida. Sentía que nuestras energías fluían como en un yin-yang. Este viaje era una forma de cerrar una etapa porque, aunque dijéramos que no pasaría, nuestra forma de orbitarnos cambiaría inevitablemente. Creo que por eso nos aferramos a estos días juntas, porque ambas sabíamos que podían ser los últimos así en mucho tiempo.

Últimamente nos veíamos menos: ella con el tema de su boda y yo con el corazón roto. No me sentía con ánimos de responder preguntas sobre qué había pasado con Lucy, mi ex. No quería arruinar el momento de Lina hablándole de tonterías; además, aún no sabía si era definitiva la ruptura. Era mejor hablar de otros temas, distraernos, ser solo Lina y yo.

El camino a Mulegé transcurrió sin contratiempos; las casi quince horas de viaje se dividieron entre desayunar burritos de frijol que preparé y el segundo tramo, que fue entre risas y una planeación fugaz de la boda al ritmo de Shakira y sus *Pies descalzos.* Lina quería una boda pequeña, íntima y al aire libre. Comenzamos a descartar invitados, gente que casi no veía o gente que no quería invitar solo por compromiso y, de repente, me lanzó una pregunta que se sintió como un balde de agua fría:

—¿Aún quieres la recepción para dos personas?

Quizá tuve que hacerle saber en ese momento que su pregunta me hizo desatinar, porque sentí la tensión que se creó después. Le dije que no invitaría a nadie de acompañante y me forcé a continuar la plática como si no me hubiera dolido. Me constaba que no lo había hecho con mala intención, pero a una parte de mí le costaba aceptar que yo no tendría un final romántico como el de Lina, como si hubiese una especie de inferioridad por fracasar en mi relación.

Al llegar a la playa de Mulegé ya comenzaba a atardecer, pero teníamos aún la luz suficiente para instalarnos y disfrutar de nuestra noche estrellada. Encendimos una fogata con madera que recolectamos y asamos salchichas. Aunque nos sentíamos muy temerarias, cada quien llevaba un espray de pimienta consigo, por si las dudas. Además, muchos vacacionistas ya habían llegado a la zona y la mayoría parecían familias, como nuestros vecinos más cercanos, que hasta llevaban a su mascota, un perro labrador.

Destapé una cerveza ofreciéndole a Lina otra, mientras preparaba unas brochetas de bombones. La noche era preciosa. Desde que tengo memoria amo el mar; me gusta escuchar el rumiar de las olas arrulladoras hasta quedarme dormida en la arena. A pesar de que no sé nadar, a veces me imagino que estoy flotando en mar abierto y eso me causa tranquilidad. Últimamente es mi manera de regresar cuando comienzo a sentir que viene un ataque de ansiedad; me gusta pensarme como una gran ancla en el mar y que, a pesar de la tempestad y el caos, seguiré aquí.

—Gaby, ¿cómo te sientes por la ruptura? No me has contado nada —me preguntó desde el otro extremo de la fogata.

—No quisiera hablar de eso, Lina. Mejor planeemos tu boda, ya sabes cómo son las rupturas —dije evitando el tema.

Pero Lina no lo sabía, pues llevaba más de diez años con Pablo, su prometido, mientras que yo había pasado por varios fracasos amorosos. Aun así, no tenía energía para hablar de eso.

—Ya, ok —me dijo, cerrando el tema—. Pero cuando quieras hablar, hazlo. Tenemos muchos días para eso; no quiero decir algo desatinado y me sabe mal estar tan contenta planeando mi boda mientras tú estás de duelo —dijo avergonzada por su felicidad.

—Mira, ¿esa es la Osa Mayor? —le pregunté apuntando al cielo, y así cerré el tema por esa noche.

Me resistía a hablar. Estando frente a ella y bajo el cielo estrellado me sentía perdida; no veía constelación en la noche que me ayudara a orientarme, y eso era una verdadera tragedia. Unas horas más tarde nos fuimos a dormir; me arrullé con el crujir de la leña apagándose en la fogata, deseando la mañana.

Al día siguiente nos levantamos temprano. Preparamos el desayuno: huevos estrellados con las salchichas asadas que sobraron anoche. La sal de mar que arrastraba el viento le daba un toque especial a nuestro plato. A lo lejos vimos a dos hombres pescando. Lina sacó la cámara análoga que le regalé la última Navidad; aún no sabía usarla y yo menos, así que las fotos que tomaríamos serían una moneda al aire: puede que esas fotografías solo quedaran en nuestra memoria.

Levantar el campamento requería de muchísimo esfuerzo: desarmar las casas de campaña, guardar todos los tiliches que usamos para la cena y el desayuno, lavar los trastos y corretear la sombrilla que comenzaba a volarse repentinamente. El aire era cálido pero refrescante para el bochornoso día que iba comenzando.

Nos pusimos los trajes de baño. Deseaba con toda mi alma tirarme en la arena y olvidarme de todo; llevaba conmigo para leer *La hija oscura* de Elena Ferrante, y Lina un compendio de crucigramas que nunca terminaba.

A unos metros, la familia que llegó después de nosotros preparaba una red de voleibol. Nos invitaron a jugar, pero ni Lina ni yo nos sentíamos con energía para correr detrás de una pelota, así que declinamos amablemente. La temperatura comenzó a subir, lo que me hizo cerrar de a poco los ojos; las letras del libro se me amontonaban y se volvían borrosas. Eventualmente me rendí y me quedé profundamente dormida.

Un viento frío que me recorrió el cuerpo me despertó. Vi el celular y ya pasaban de las dos de la tarde. Noté que Lina no estaba y volteé a todos lados buscándola; la cancha de voleibol improvisada estaba vacía. En pocos segundos el pánico se apoderó de mí y me levanté gritando su nombre lo más fuerte que pude. Me imaginaba los peores escenarios: ¿la familia de al lado en realidad eran secuestradores?, ¿a dónde se la llevaron? Me tranquilicé cuando vi que aparecía su silueta como un espejismo a unos metros de distancia; traía consigo dos cocos preparados, quién sabe desde dónde venía. Corrí hacia ella para abrazarla y luego regañarla.

—¡No vuelvas a irte sin avisarme! —le dije muy seria cuando me volvió el alma al cuerpo y mi respiración se normalizó.

—Perdón… estoy bien, Gaby. Tranquila, nada más fui por unos cocos —me dijo con una sonrisa, esa que ponía cuando quería obtener algo sin dificultades.

A pesar de estar atrasadas con nuestro itinerario, debíamos volver a la carretera. Empacamos todo y nos quitamos los trajes de baño; ya mañana disfrutaríamos del día con más calma. Nos hospedaríamos en un lugar espectacular con alberca para pasar las siguientes noches.

Era mi turno de manejar. Decidí poner la música de Julieta Venegas; apenas serían dos horas de camino si era constante en la velocidad. Notaba que Lina trataba de hacerme cambiar de humor, pero había algo que me molestaba y no sabía bien qué.

—¿Ya se te pasó el enojo? —me preguntó dirigiéndose hacia la ventana, como para restarle importancia.

—Ya no estoy molesta —y tras una pausa continué—: Pero no puedes hacer siempre lo que te dé la gana, y menos en este viaje. Venimos juntas y, ¿si te pasa algo? —le reñí un poco alterada.

—¿Siempre hago lo que se me dé la gana? —repitió como si no entendiese a qué me refería, y remató—: Y tú no tienes que andar tras de mí como si yo fuera una niña chiquita; soy una adulta que se sabe cuidar, ya no estamos en la universidad —dijo en un tono pedante que usaba, según ella, para disimular su molestia.

—¿Qué tiene que ver eso? Ves cómo está la inseguridad del país y desapareces sin avisar —le respondí sabiendo que estaba iniciando una discusión por nada, pero no podía detenerme: era como si necesitara expulsar algo.

—Si te quieres preocupar por alguien, preocúpate por ti. No me has querido contar por qué terminaron Lucy y tú. ¿Qué sucedió? Hasta hace unos meses estaban tan bien —hizo una pausa para continuar y dijo lo peor—: No me digas que la engañaste, ¿o sí? —preguntó casi afirmando.

Lina era muy buena amiga, pero también sabía cuándo y cómo ser cruel; no dejaba pasar una y sabía cómo regresar la bola, una bola ardiendo en fuego. Me dolió terriblemente su último comentario, pero lo dejé pasar porque el camino se empezó a poner complicado: cambió de asfalto a terracería, lo que hizo que tuviera que disminuir la velocidad para evitar un accidente, como poncharnos, por ejemplo. Aunque íbamos preparadas para percances, estábamos a contrarreloj y ahora con un pésimo humor para hacer equipo.

—Lina, ¿estás segura de que por aquí marca el Maps? —le pregunté cuando comencé a esquivar grandes piedras en el camino, que se hacía cada vez más estrecho.

—Sí, Gaby, estoy segura. Sí sé leer un mapa… mira, es la ruta correcta —me dijo indignada enseñándome el celular. Se lo quité

para observar mejor y la ruta se cortaba, desapareciendo kilómetros antes de llegar a un poblado que se llamaba La Purísima; definitivamente no estábamos yendo hacia Loreto.

—¡Lina! —le grité eufórica—. En la intersección debimos continuar derecho; no te fijaste bien por venir discutiéndome —dije mientras avanzaba todavía, sosteniendo el celular, «nuestra guía confiable». ¿Has sentido alguna vez que el universo confabula en tu contra? En ese momento de locura y desconcierto caímos en un tremendo hoyo, tamaño cráter, en el camino que más bien ya era un sendero.

Al bajarnos vimos que la llanta estaba en una posición imposible: la camioneta ladeada, como diciéndonos: «Hasta aquí llego; cuando se pongan de acuerdo, continuamos». Le di una patada a la llanta, maldiciendo. Lina intentó llamar al 911 —quizá nos ayudaran con una grúa—, pero no había señal.

—Maldita sea, ¿y ahora qué hacemos? —me preguntó preocupada. Comencé a calmarme; de nada serviría en este momento reclamarle que había sido su culpa.

—Toma tu mochila, llévate lo importante y no dejes nada de valor a la vista. Caminaremos; aún tenemos varias horas de sol, buscaremos ayuda —dije con firmeza. No había espacio para el miedo ni para hacerle caso al corazón, que quería escaparse del pecho.

Nos pusimos tenis y gorra, y mucho bloqueador. Apenas había manejado una hora; no podía faltar mucho para llegar a La Purísima, el pueblo al que nos dirigíamos por error.

—Estaremos bien, ya verás que mañana esto solo será un recuerdo del que nos podremos reír —le dije tratando de sonreír. Sentía el miedo de Lina; quería abrazarla y disculparme, decirle que todo estaría bien, pero también estaba enojada, así que eso fue todo lo que dije antes de empezar a caminar.

El camino, a pesar de nuestra desgracia, era hermoso, como sacado de una postal bajacaliforniana: podíamos ver suculentas y cirios de todos los tamaños cohabitando con palmeras y otras plantas, y más a lo lejos se veían riachuelos que se perdían entre la llanura. Si hubiera sido otro momento, le hubiera dicho a Lina que tomara muchas fotos, que guardara estos recuerdos. Hasta creí ver un borrego cimarrón, pero quizá fue un espejismo por el cansancio que

ya comenzaba a sentir y la falta de agua. Por suerte no hacía tanto calor; si no, esto podría haber sido otra historia.

Ya llevábamos caminando una hora, o quizá una eternidad, en un pesado silencio, cuando escuché a lo lejos una voz femenina cantando: «Cuando sientas un hondo penar, piensa en mí; cuando tengas ganas de llorar, piensa en mí…». Me detuve en seco.

—¿Escuchas eso, Lina? —le pregunté esperanzada. La tomé de la mano, que se sentía tan desganada, olvidándome de nuestra discusión, y corrí con ella con todo el optimismo hacia lo que me parecía la voz más melodiosa que había escuchado.

—¡Gaby, espera! ¡Con más cuidado, que nos vamos a caer!

Al acercarnos bajamos la velocidad. La voz provenía de una mujer que llevaba un vestido blanco y bordado en tonos azules; cargaba una cesta de palma montada en la cintura y un gran sombrero del mismo material que de inmediato envidié por toda la sombra que arrojaba. Iba caminando tranquilamente unos pasos enfrente de nosotras.

—¡Oiga, espere! ¡Espere, por favor, necesitamos ayuda! —gritamos al mismo tiempo Lina y yo.

La señora volteó a vernos. No podía tener más de sesenta años. Me pregunté qué hacía caminando por ahí, pues ese lugar parecía deshabitado. Nos presentamos con ella, le contamos lo que nos había sucedido y sonrió como una niña pícara sonríe al escuchar un chiste tonto. Nos dijo que a muchos turistas les sucede: siguen el camino más olvidado a La Purísima pensando que es el correcto para llegar a Loreto.

Nuestra salvadora se llamaba Bertha. Era muy amable y con demasiada energía; se notaba en sus manos y su rápido andar. Ese día bajaba del mirador del pueblo, donde a veces vendía sus artesanías tejidas. Conocía los caminos como la palma de su mano, ya que era oriunda del pueblo: un oasis en medio de aquel desierto. Su casa quedaba muy cerca de donde la encontramos, o más bien, donde ella nos encontró.

Doña Bertha vivía sola en una casona estilo colonial a la que ya se le notaba el paso de los años. Su casa estaba llena de fotografías de turistas que alguna vez pasaron por ahí o que hospedó; era como si

el lugar se sostuviera de recuerdos y nostalgia. Nos invitó a descansar y nos preparó cena: machaca con frijoles, queso fresco y tortillas de harina. También nos permitió bañarnos. Nuestros celulares ya tenían señal; buscamos a un mecánico, pero el más cercano que nos podía ayudar estaba en el siguiente pueblo y hasta mañana temprano podría venir.

Doña Bertha escuchó la llamada y nos ofreció hospedarnos. También nos dijo que no nos preocupáramos por el carro; en la noche nadie se acercaba a ese camino más que los coyotes y el vampiro que rondaba por ahí. Cuando escuchamos eso, Lina y yo nos lanzamos una breve mirada de complicidad que retiramos de inmediato. Era el momento de reconciliarnos, pero yo no quería dar el primer paso; quería que ella supiera que me había lastimado con su comentario.

Doña Bertha nos preparó unos catres y un café de talega; después se sentó en una silla mecedora y comenzó a tejer con la palma seca que tenía a su alrededor. Elegía al azar la palma y la deshacía en delgadas vainas; sin siquiera mirarlas, las tiras se doblaban entre sus dedos con rapidez y habilidad. Trenzaba una con otra e iba cortando con una navaja lo que le sobrara. Y así, como no queriendo la cosa, preguntó:

—¿Y ustedes, chamacas, por qué están enojadas? —preguntó doña Bertha sin levantar la mirada.

¿Lina le había dicho algo a nuestra salvadora o cómo era que sabía de nuestra discusión?

—Ninguna echó de cabeza a la otra, si se lo están preguntando, pero su energía se siente pesada, como si estuvieran enojadas o, peor, tristes. ¿No es esto un viaje de amigas? —preguntó, pero sin esperar respuesta, continuó.

Entre sus manos se iba formando una figura; parecía haber magia entre sus dedos. Muy concentrada tejía y entrelazaba primero la palma y luego, de un cesto, sacó vainas muy delgadas y continuó tejiéndolas a la figura que ya tomaba forma de muñeca.

—Mi mejor amiga se fue hace veinte años y aún la extraño todos los días. Éramos bravas, nos queríamos mucho, pero yo me enojé horrores cuando me dijo que se iba del pueblo. Tanto, tanto que el

día que se fue no fui a despedirme de ella; me ganó la rabia y ahora no sé qué fue de su vida. Yo pensé que creceríamos juntas, que nuestros hijos se harían amigos y que seríamos hasta comadres o una cosa así. Total, yo siempre creí que por ser amigas estábamos hechas de lo mismo y que, por lo tanto, elegiríamos lo mismo. Ojalá me hubiera mandado una carta, pero nada. Como les digo, éramos bravas; ella también era muy orgullosa. Dejamos que la amistad se extinguiera sin tan siquiera intentarlo —dijo mientras unía a las muñecas por sus pequeñas manos—. Se miran igualitas, ¿verdad? —dijo mostrándonos la obra de arte que había hecho—. Pero no lo son. Esta es hoja de palmera y esta es fibra de torote, que se saca de los árboles rojizos que vieron en el camino. A simple vista pueden parecer iguales, pero si las observas, te darás cuenta de las diferencias. Todo se puede arreglar, muchachas, aunque no estén hechas de lo mismo. Hoy tuve la dicha de encontrármelas, si no, pasaría esta noche sola. Les agradezco mucho su compañía y les regalo esto: dos amigas distintas pero entretejidas.

Nos entregó las muñecas y las dos estiramos las manos para recibirlas. Me sentía como una niña regañada. Lina me dejó sostener las dos muñecas de palma y de torote. Se sentían tan firmes y tan rústicas, pero había algo en ellas que las hacía preciosas. No sabía de dónde venía mi enojo con Lina; al principio ella quería que le contara por qué terminamos Lucy y yo. Cómo decirle que nuestros caminos no estaban unidos. Ella quería casarse y tener un hijo; yo no quería, no me sentía lista y creo que nunca lo estaría. Ahora que Lina estaba dando todos esos pasos que a mí me daban pavor, me hacía sentir como si estuviera estancada. No era su culpa mi sentir, definitivamente, pero una parte de mí se sentía traicionada y olvidada. Creo que simplemente tenía miedo de perder a Lina; era eso.

—Bueno, muchachas, se quedan en su casa. Esta viejita se retira a dormir; la noche es larga para quien tiene asuntos por resolver —nos dijo doña Bertha levantándose de la silla mecedora y perdiéndose en el oscuro pasillo.

Pasamos unos minutos calladas. Estábamos en el patio central de la casona, yo meciéndome en una hamaca desde donde veía el cielo y

ella sentada en una mecedora. Fue Lina quien interrumpió el silencio.

—Gaby, primero, perdón por no fijarme bien en la ruta y, segundo, por decir lo que dije. Cuando estoy molesta digo cosas y ya no puedo parar; no me gusta sentirme atacada —dijo Lina disculpándose.

Me sentí muy conmovida de que fuera ella quien diera el primer paso; sabía cuánto le costaba disculparse. Le sonreí y le entregué las muñecas para que ella las sostuviera.

—Creo que doña Bertha es buena tejedora, ¿no? —dije sonriendo —. Tengo miedo de perderte, Lina. Llevamos vidas tan distintas que no sé cómo es que convergerán. ¿Y si dejamos de ser amigas? No quiero que eso pase —le dije triste.

—Pasará lo que tenga que pasar, ¿por qué te preocupas por eso ahora? —Se levantó y me abrazó fuertemente. Esa era su manera de decirme que confiara en que todo estaría bien. Lina no podía prometerme una amistad para toda la vida porque, siendo sincera, ¿quién puede hacerlo? Solo me quedaba disfrutar de nuestra amistad ahora y confiar en el amor que nos teníamos.

—Te quiero —le dije.

—Y yo a ti —me contestó.

Nos quedamos mucho rato más hablando y, por fin, pude contarle de mi ruptura. Lloré mucho esa noche y ella me escuchó hasta que nos quedamos dormidas.

Despertamos muy temprano. Preparé unos burritos para el camino mientras doña Bertha le enseñaba algunos pasos básicos del tejido con palma a Lina. Cuando terminé, las fotografié con la cámara análoga y con el celular; este recuerdo no quería dejarlo a la suerte del revelado.

El mecánico llegó pasadas las ocho de la mañana. Doña Bertha también nos regaló sombreros. Solo habíamos pasado una noche con ella, pero sentí un gran pesar al dejarla. Soy muy desconfiada, pero desde que la escuché cantar tuve un buen presentimiento, y no fallé esta vez.

—Tengan mucho cuidado, mis muchachas, adonde sea que vayan, y guarden las muñequitas. Ese tejido es duro de romper, ya verán —

nos dijo al despedirnos. Le agradecimos mucho la estancia, la comida y sus sabias palabras.

Vi que Lina, a quien le costaba llorar, se limpiaba unas lágrimas. Le pasé un brazo por la espalda y le dije que el siguiente año podríamos volver, ya que, sin querer, conocíamos la ruta al pueblo. El mecánico llegó por nosotras y se bajó a ayudarnos con nuestras mochilas.

—¿Qué hacen aquí, muchachas? Cuando me dijeron la dirección pensé que había escuchado mal. ¿A poco aquí pasaron la noche? —nos preguntó con desconfianza mientras se persignaba.

—Sí, ¿por qué? —le preguntó Lina, confundida.

—Nos encontramos con la señora que vive aquí cuando estábamos perdidas en el camino —completé.

—¿Doña Bertha? —nos preguntó quitándose la gorra—. ¡Ay, esta Berthita! Ni en la tumba deja de ayudar a los perdidos. Hace años que murió, pero sigue rondando por aquí, como para que no nos olvidemos de conocer este pueblo tan bonito pero tan dejado —dijo el mecánico sonriendo y ya sin una pizca de sorpresa.

Nos quedamos mudas en el trayecto de vuelta a la camioneta. Doña Bertha tenía razón: la camioneta estaba intacta. El mecánico nos cambió la llanta y nos escoltó de vuelta al camino correcto para llegar a Loreto. Volvíamos a la intersección en el poblado de Rosarito, donde comenzó el suceso que nos marcaría de por vida. El siguiente trayecto lo hicimos en silencio, como procesando lo que habíamos vivido, y creo que ninguna de las dos estaba asustada, sino agradecida con doña Bertha.

Quisiera decir que conservamos las muñecas unidas, pero no pudimos; cada una quería tener un recuerdo mágico de aquel viaje. Incluso las fotos que le tomé a Lina con doña Bertha no existen; quedaron en aquel oasis. También quisiera poder contar que el siguiente año Lina y yo volvimos a viajar por la Baja y buscamos en La Purísima la tumba de doña Bertha para llevarle flores. Pero a veces, para llegar a algunas partes, es necesario perderse y que alguien te rescate en el camino, como aquella vez.

SOBRE EL MAR VOLAREMOS

Aura se levanta de su cama con el impulso de un resorte: ese día llevaría a su hija al mar. Después de pasar un mes rodeada únicamente de las paredes de su habitación, la idea llega al pensamiento con un fuerte impulso que su cuerpo tarda en aceptar. Son las 8:00 a. m. y lo sabe por el reloj de pared, porque desde hace treinta días su cuerpo no sabe de tiempo; las pastillas la hacen dormir a cualquier hora del día. El baño de su habitación es el único lugar distinto que recorre. Ya no se ve al espejo; no tiene ganas de ver su rostro triste, ni siquiera para lavarse los dientes.

Pero hoy se siente distinta, como si un rayo de electricidad la atravesara. Tiene ganas de ver su reflejo y la sonrisa que siente en su rostro desde que despertó. Antes de bañarse, busca en el clóset el vestido de flores azules y blancas que usó en el último cumpleaños de Elena, su hija. Toca suavemente la tela del vestido y sus dedos van reconociendo la textura, los botones, las costuras... la sangre seca en el pecho, que la lleva a aquel día…

Aquel viernes, Aura metía al horno el pastel de chocolate; lo decoraría con betún blanco, fresas y diez velitas. Celebraban el cumpleaños de Elena, quien desde muy temprano se había despertado emocionada para prepararse y recibir a los invitados, sobre todo a sus amigos de la escuela. El patio estaba decorado con globos de colores, mesas adornadas y caballetes con lienzos listos para que los niños pintaran. Era una tarde de verano cálida, en la que el calor no abochorna ni adormece.

Aura peinó a Elena con una coleta alta y la ayudó a colocarse el vestido floral que eligió para ese día. Mientras admiraba a su hija, pensaba que había traído al mundo a la niña más preciosa y, sobre todo, noble que conocía. No le cabía duda de que su padre era un imbécil por no haber querido conocerla.

Un golpe que escucha en la ventana la regresa al presente. Deja el vestido en el clóset y se asoma. Ve a una paloma en el antepecho de la ventana: está atolondrada, intentando alzar el vuelo. Lo intenta una, dos veces, hasta que acomoda sus alas y vuela, dejando una mancha pequeña y roja en el vidrio. Hoy Aura quiere ser como la paloma que, aun herida, alzó el vuelo, regresando a la vida sin titubear, sin importar el dolor.

Recuerda que en la fiesta se oía música, una melodía alegre. Pensó que su hermana la había elegido, pues era fanática del grupo inglés. *Here comes the sun and I say*, *«It's all right»*… «Todo estará bien», tradujo sin querer en su cabeza mientras llevaba el pastel de chocolate a la mesa del patio.

Los niños habían pintado horas y quebrado la piñata. Elena corría por el patio esparciendo sonrisas y con el corazón lleno de felicidad, sin saber que sería su última fiesta de cumpleaños. Ojalá hubiera corrido lejos de ahí, hasta donde sus piernas la llevaran, a kilómetros del horror de la ciudad, de las guerras y las desgracias.

Los disparos. Se oyeron los disparos afuera, en la calle. Aura se quedó unos segundos paralizada, pensando que quizá fueran cohetes, fuegos artificiales que celebraban la vida de su hija. Pero no. Afuera de la casa se detuvieron en seco dos camionetas blancas, una ya con impactos de bala. Se bajaron dos, tres, diez personas armadas y, como si la casa de Aura fuera un campo de guerra, dispararon.

El pastel quedó destrozado en el piso; los niños corrieron buscando a sus padres, pero al no encontrarlos entre el infierno que se desataba, se escondieron bajo las mesas. Aura gritó con todo lo que tenía en su alma el nombre de Elena. «Una madre tiene el mejor instinto», dicen. «Una madre levanta un vehículo si su hijo está debajo de él, atraviesa el fuego y rompe muros». Es lo que pensaba Aura mientras seguía buscando a Elena en aquel caos, entre la balacera que seguía afuera. Vio sangre en el piso. «Que no sea de mi niña», pensaba. Elena estaba tras un caballete donde había una pintura de un niño sonriendo, montado en un caballo.

—¡Mamá! —gritó Elena con toda la fuerza que salió de su garganta, y corrió asustada a los brazos de Aura, que la recibió con el terror en los ojos.

«¿Por qué no corrí a protegerla unos segundos antes?», se lo preguntaría cada vez que la escena se repitiera en su cabeza.

Una bala impactó en el cuerpo de Elena. Un pedazo de metal más pequeño que el tamaño de un meñique le quitó la vida a su hija. Se la arrebató en un instante. El futuro que imaginó para ambas fue borrado en menos de diez minutos.

La policía llegó una hora después, junto con ambulancias y el SEMEFO. «Un ajuste de cuentas entre bandos», «una bala perdida», dijeron.

—¿A quién le debía cuentas mi hija? —gritó Aura a los agentes.

Su hermana quiso acercarse a ella y a Elena, que yacían en el piso. Aura abrazaba a su hija en un mar rojo que difuminaban las lágrimas. Otros también lloraban, pero ella los escuchaba ya muy lejos de ahí. Su mente estaba en el Mar de Cortés, haciendo castillos de arena con su hija, quien juntaba conchas y pedacitos de coral. Quería quedarse ahí eternamente, en ese recuerdo.

Aura corrió las cortinas y el sol entró en su habitación, iluminando cada rincón que por mucho tiempo se mantuvo en la oscuridad. Luego se metió a bañar. Se lavó pacientemente y con ternura, como abrazándose después de tanto tiempo llorando, sosteniéndose a sí misma bajo el chorro de agua tibia. Al salir, se desenredó el cabello con delicadeza, repitiendo los gestos con los que peinaba a Elena. Decidió que su cuerpo, por haber sido el primer hogar de su hija, merecía ser tratado con amor.

Buscó una bolsa y guardó protector solar, un sombrero, el pequeño visor para esnórquel y las conchitas que recolectó la última vez. Del altar que había formado en la sala, tomó la cajita de madera que contenía todo lo que ella amaba: su hija.

La abrazó, como si con ello pudiera sentirla, y le dijo que irían al mar, que merecía volar también, igual que aquella paloma que continuó su viaje. Le prometió a Elena que siempre estarían juntas.

ESTO NO ES SOBRE TI

Me pediste que no escribiera de ti, pero eso fue justamente lo que hice. En mis diarios no desapareciste; se aferró tu nombre a la hoja en blanco, y esta es la prueba de tu existencia.

Sobrevivir al primer amorío es la prueba más grande a la que una lesbiana debe enfrentarse, y yo no lo estaba haciendo muy bien. Lo último que quería hacer luego de llorar tanto en mi cama era salir a fiestas. Sin embargo, Carmen era una amiga demasiado insistente. Aún no sé si debo agradecerle por sonsacarme esa tarde, pues yo no buscaba nada, aunque en el fondo sí deseaba que alguien absorbiera esas lágrimas.

No puedo mentirte: no fue amor a primera vista. Cuando llegué a casa de Carmen, la fiesta ya comenzaba. Unas quince lesbianas celebraban el fin de la temporada de flag. Si te soy sincera, no sé por qué asistí, pues yo no pertenecía al equipo y Carmen me lo hizo saber muy bien, ya que me dejó varada en medio de la cocina.

—Toma lo que quieras, ahorita vengo —dijo apurada, y se unió a la bulla de las demás jugadoras.

Así era Carmen: me quería a su lado, pero también quería a otras personas.

Ahí fue donde apareció ella, y desde que la vi me dio la impresión de que tampoco encajaba en ese equipo femenil. Se presentó y yo saludé de vuelta sin prestarle mucha atención, mas no se fue; al contrario, me ofreció una cerveza, un Barrilito para ser más específica.

—¡Qué bien! Ya conociste a Olivia —dijo al vernos juntas, y agregó —: y también está soltera —me dijo alejándose con una sonrisa pícara en su rostro. —Ella es mi mejor amiga de la secundaria, y es súper linda —me dijo, que eso en jerga lésbica significa: ¡vas!

Pero yo no quería ir a ningún lado con Olivia; no me parecía muy atractiva.

Así que éramos dos extrañas en una fiesta de flag, aferradas a encontrar algo más en común que nuestro lesbianismo, claro. Después de un rato, por fin encontramos similitudes: misma facultad, mismos maestros y mismos traumas. Pese a todo, no era suficiente. Yo seguía con ganas de irme; no quería estar a solas con ella. Necesitaba distracción, alcohol, desmadre.

Incluso me pasó por la cabeza irme a casa, pero dependía del raite de Carmen para terminar la noche. Quizá notó mi desinterés e hizo la pregunta que lo cambiaría todo:

—¿Tú también conoces a Sandra?

De inmediato la expresión de mi rostro cambió. Ella, además de conocerla, también odiaba a la primera chica con la que salí, y que no solo masticó sino que escupió mi corazón como un beisbolista cuando se deshace de su asqueroso tabaco. Quién diría que gracias a Sandra mi destino cambiaría.

Tal vez fue el vodka barato mezclado con Kool-Aid, o los asquerosos *shots* de tequila que Carmen nos obligó a tomar, o quizá los primeros Barrilito*s* ya calientes, el caso es que sentí un deseo incontrolable de contarle todo sobre Sandra, así como si fuéramos las mejores amigas de toda la vida. Contenta, presa del desamor, le decía con cada palabra que podía pronunciar —cada vez menos, gracias a la mezcla explosiva de alcohol— todo esto hasta quedarme vacía y muy ligera.

Lamentablemente, no solo eran palabras lo que quería dejar salir. Minutos después corrí al baño de la habitación de los papás de Carmen y vomité mientras Olivia me daba golpecitos en la espalda. De ser un personaje secundario en la fiesta pasé a ser el principal. Hice el ridículo a la vista de todas las jugadoras y, claro, de Olivia; por eso sé que no fue amor a primera vista.

Me ayudó a limpiar el baño con toallitas húmedas mientras yo lloraba de vergüenza. También me acercó un vaso con agua y después me acompañó a la recámara de Carmen a recostarme. Me tapó con una chamarra que encontró por ahí y acercó una silla al lado de la cama para luego sentarse de una manera especial, casi maternal, lo cual me hizo sentir extremadamente conmovedida.

—Aquí me voy a quedar hasta que te quedes dormida, no te preocupes —dijo con las manos en su regazo.

Yo veía a dos Olivias mientras ella platicaba no sé qué para arrullarme. Seguro parecía una bebé vieja, pero la pena para ese momento ya se había ido por el caño, así como todo lo demás. Parecía que ella no hubiera ingerido alcohol, pues veía cómo movía su boca y sus manos, sin embargo, ya no escuchaba para nada sus

palabras. En algún momento cerré los ojos y, antes de irme al país de los sueños, sentí cómo me quitaba el cabello de la cara.

Entre sueños su nombre iba y venía. No quería olvidar el nombre de la mujer que cuidó de mí en el momento más bajo. Al abrir los ojos recordé todo lo que sucedió y, al tratar de levantarme, vi a varias jugadoras dormidas en la cama y en el piso, algunas aún con su uniforme puesto, y yo seguía hasta con los zapatos. El mareo llegó al instante junto con un vacío terrible en el estómago. El malestar se camufló cuando el nombre de Olivia apareció de repente en mi cabeza, así como una necesidad muy clara: deseaba volver a verla.

Qué vergüenza haber sido tan quisquillosa al conocerla. A pesar de todo el desastre, una conexión misteriosa se formó con Olivia, y presentía que ella también sentía lo mismo. Repetía su nombre en mi cabeza, pensando en cómo se escucharía cuando la invitara a salir:

—Hola, Olivia, ¿cómo estás? ¿Te acuerdas que me ayudaste a vomitar?

En los días siguientes Carmen alimentó mi fantasía y me dio carrilla con Olivia.

—Es obvio que le gustaste. ¿Quién acompaña a vomitar a una extraña? —dijo riendo.

Me decidí a volver a verla, y solo bastó una llamada y una cita a comer hamburguesas para que nuestro fuego se encendiera. Ese fue el comienzo de nosotras. ¿Lo recordarás, Olivia?

Con ella aprendí a amar y a disfrutar la vida. Mi primer desamor quedó atrás y la ansiedad por el futuro se esfumó por un buen rato. Olivia tenía la energía que a mí me faltaba para la vida; su sonrisa me transmitía alegría no solo a mí, sino a quienes nos rodearan. A pesar de que, al igual que yo, provenía de una familia caótica, sentía que estando con ella tarde o temprano todo estaría bien. Recuerdo que se le formaban hoyuelos en las mejillas cuando reía; amaba su cabello rizado y el lunar de su hombro, ese con la forma de la costa italiana.

Muy constantemente me sorprendía pensando que no había visto ojos más bonitos en la vida, y eso era lógico porque ella era mi

primer amor. Las historias de terror quedaron detrás, pero tomó la delantera la intensidad.

Y sabrás que ese es el primer error de un par de lesbianas jóvenes: nos queríamos demasiado, tanto que la vida interfería entre nosotras. Mi crecer desatado y su pasividad frente al futuro, su insistencia en disfrutar el presente y mi exceso de dudas; mi búsqueda inconsciente de otros brazos, otros cuerpos, y tu dogma tradicional nos llevaron a la ruina. ¿Podemos culpar a alguien? Quizá a mí y a mi constante necesidad de encontrar comienzos que ni siquiera deseaba.

Eso fue lo último que me dijiste: «no me escribas» o ¿era «no escribas sobre mí»? No obstante, no hay razón para ocultarnos; existimos en otro tiempo. Algunas veces sueño con ella y siento la calidez de nuestros inicios. Sueño con la fiesta, Solo que en esta no vomito, sino que nos besamos porque en esta ocasión sí es amor a primera vista. Y cuando pienso que seguiremos juntas, despierto.

¿Qué hubiera pasado si la tormenta de arena que llevaba dentro de mí se hubiera vuelto un desierto calmo mucho antes?

Hoy escribo esto en el café al que nos gustaba venir. Las calles aledañas siguen igual de tranquilas y calladas como entonces. Han cambiado de barista y el gato que tenían de mascota murió el año pasado. Qué curioso: este lugar también ha cambiado tanto.

¿Crees en las casualidades? Estás sentada con alguien, unas mesas más atrás, y quiero verte, mas no soy tan valiente. Huyo de los confrontamientos y los momentos incómodos. Me viene un mareo, pero esta vez no es de resaca sino de ansiedad: ansiedad por verte después de tantos años. Era demasiado tarde; ya había ordenado café, aunque la verdad eso era más bien un pretexto para quedarme.

¿Me recordarías?, ¿me saludarías? Mis pensamientos iban rápidos: ¿cuánto tardan en preparar un café?, ¿si voy por este lado no la veré, pero si voy por este la veré?, ¿izquierda o derecha?, ¿pasado o presente?

La barista me llamó por mi nombre. Pagué el café y pude alcanzar a ver que te levantaste para ir al baño; llorabas. Verte así me hizo

alejarme del desconcierto que sentía. Quería acercarme a ti, darte un abrazo y preguntarte qué pasaba, decirte que todo tiene solución. Recordé la fiesta y tu cuidado. Los primeros besos y las primeras veces. ¿Te acordarías de mí?

Escuché que saliste del baño y te limpiaste la cara. Me paré frente a ti sin que te percataras; me chocaste. Vi tu cara, tus ojos, tu boca... y eran completamente diferentes porque no eras tú. Tu doppelgänger ni siquiera me volteó a ver, ¿y por qué lo haría si solo era un estorbo para salir del baño?

—Discúlpame —me dijo tu doble, y se alejó sin notar mi desconcierto. La ansiedad pasó a cero y fue sustituida por una ola de decepción.

Tal vez nunca vuelva a verte. Tal vez no eras tú hoy en ese café. No obstante, escribir de ti es la forma que encontré de no fingir que no pasó. Y con eso me basta.

La iglesia de enfrente

El sudor hace que el cabello comience a pegársele en la frente; sus exhalaciones son cada vez más difíciles y comienza a marearse debido a la fuerza que hace por intentar gritar. Se aferra a imaginar que está en su cama y que, en cualquier momento, se despertará.

PRIMERA CAMPANADA

Como cada domingo, Ester es devuelta abruptamente a la vida por las campanadas de la iglesia que se encuentra cruzando la calle. Comienzan con un tintineo casi tímido y luego se vuelven más rápidas y obstinadas, como exigiendo ser visitada; pero a Ester no le alcanza la fe para cruzar la calle y escuchar sermones al ritmo de un «siéntate y párate» según las órdenes del sacerdote, quien, como para no perderse de la vista de sus feligreses, viste una sotana de un color azul chillante.

Desde la ventana observa la prisa de los conductores que van llegando tarde y abarcan cualquier lugar de la calle para estacionarse, sin importar si es zona exclusiva o si hay alguna rampa para discapacitados, como si nada debiera evitarles asistir, aunque sea unos minutos más tarde. La necesidad de estar cerca de Dios es más fuerte que los valores cívicos, como si eso no importara para entrar al reino de los cielos.

Ester se asoma por la ventana y se esconde, curiosa, entre las cortinas para no ser vista por la gente que está llegando frente a su casa. Un carro funerario arriba por el costado de la iglesia hacia una puerta de servicio; algunos se acercan para prestar su hombro y cargar el ataúd del muerto o la muerta, no se sabe. A pesar de que en toda la vida se nos cataloga en rosa o azul, la muerte al final siempre es color negro.

Desde donde está parada se escuchan los lamentos de unas mujeres. Unos niños aprovechan la distracción de las señoras que murmuran silenciosas y corren juguetones entre las piernas, causándoles desequilibrio. Aquel debe ser Miguel; según lo que escucha Ester, era un hombre bueno al cual le llegó la muerte muy pronto e injustamente. Por fin pudo hacerse una imagen del ocupante del ataúd y logró hilar las historias que salían de las bocas de los asistentes.

—¿Supiste cómo murió? —le dice una.

—Me contaron que le hicieron un mal de ojo y cayó enfermo, y de un día para otro, se nos fue.

Su perro ladra y eso saca a Ester de la novela que va armando en su cabeza; corre a alimentarlo y, de paso, prepara la cafetera mientras abre el apetito. Piensa en la vida de Miguel y su relación con la brujería. La muerte le causa morbo, al igual que a los que asisten a un funeral y beben café acompañado de galletitas gratis. Uno que otro desconocido solo viene a escuchar, como para que nadie le cuente la experiencia del dolor y la desgracia ajena.

SEGUNDA CAMPANADA

Ya debe haber comenzado la misa. Afuera ya no se oyen voces. Se asoma y solo ve al conductor de la carroza en la esquina. Recordó la última vez que asistió a un velorio: fue cuando su abuela murió hace más de veinte años. Ella era una niña asustadiza; sus papás insistían en que le dijera adiós a su abuela. A esa edad apenas alcanzaba a verla en la caja, así que se tuvo que parar de puntitas para despedirla y se asomó con temor.

—Está dormidita —le dijeron sus papás.

Y Ester lo creyó. Claro que estaba muy elegante, parecía que en cualquier momento se levantaría para ir a una fiesta; esperó mucho tiempo a que despertara hasta que se dio cuenta de lo que era la muerte.

La curiosidad la vence y Ester se pone la ropa más adecuada para cruzar la calle y camuflarse entre la gente. En todos sus años de habitar la casa, era la primera vez que entraba a la iglesia. Un impulso la llevaba a cruzar la calle.

Al entrar, se tropieza con el riel de la puerta y el ruido provoca que los feligreses volteen hacia ella. Con más pena que arrepentimiento, se sienta en la última banca, la más alejada de todos. A unos pasos escucha un siseo y voltea por mero instinto; un monaguillo joven y alto le hace señas con las manos pidiendo que se acerque. Asustada, piensa que ya ha sido descubierta y será expulsada muy pronto del lugar, pero no.

—¡Llegas tarde! Veinte minutos de retraso. Una grosería. Necesitamos que cambies los girasoles por unas flores más lúgubres; a la viuda no le gustó que esto pareciera primavera —dice exaltado el monaguillo.

Ester trata de disimular su nerviosismo jugando con sus dedos y aguarda una disculpa por la confusión, pero no llega. El muchacho se voltea y camina decidido, esperando que lo siga. No sabe cómo explicarle que es la persona equivocada y que solo es una simple curiosa, tan aburrida de su propia vida como para escabullirse a la misa de un extraño. Caminan por el atrio mientras Ester busca cualquier puerta para huir sin ser vista, pero la gente no le quita los ojos de encima. Se siente como un factor que no encaja en la operación.

En el fondo hay una puerta de madera cerrada que se distingue por la luz blanca del contorno. Llegan a un salón donde el féretro que vio antes está colocado al centro y lo rodean bandejas con flores; en una están los girasoles y en otras las flores más hermosas que haya visto antes.

—Hasta da pena que algo tan lindo vaya a adornar un momento tan triste —dice sin querer en voz alta.

Voltea hacia el joven que la llevó y este le indica, con desesperación, más velocidad a un trabajo que Ester claramente no conoce; cuando ella se dispone a revelar el error, alguien le habla al monaguillo y este se va, cerrando la puerta detrás de sí.

Ester se encuentra sola; el silencio la ensordece hasta escuchar un zumbido. El salón es blanco y tiene un alto techo pintado de azul simulando el cielo. Frente a ella se extiende un vitral por el cual entra la luz como en un caleidoscopio. No puede evitar pasar su mano por el ataúd, sintiendo las formas y el relieve de una cruz bien trabajada en la madera de pino al natural, mientras se pregunta cómo será el suyo y si ella tendrá que elegirlo antes de morir; trata de recordar cómo era el de su abuela, pero solo recuerda el olor a barniz y tristeza.

Resignada a realizar la tarea que el monaguillo le impuso, se pone a elegir los ramos más frondosos y los combina con otros ramitos de follaje verde, pensando en que hace unas horas solo era una

observadora juiciosa de los rituales del ser humano y ahora su curiosidad la ha llevado a ser compañía de un muerto.

A sus espaldas, un rechinido la distrae; busca de dónde viene y observa que proviene de las bisagras del ataúd que no están aceitadas. Unos pequeños golpes provenientes del interior del féretro la sobresaltan, por lo que, curiosa, se agacha para colocar su oído y escuchar mejor. De pronto, los golpes comienzan a ser más fuertes y aquello la hace alejarse asustada.

Siente un frío que corre desde su cuello hasta las manos, que comienzan a temblarle. Voltea muy lentamente hacia los lados, como si de una broma se tratase, y decide irse. Al tomar la chapa de la puerta, ve una sombra en la pared que se vuelve cada vez más grande. Reza todo lo que le enseñaron —en su contra— en el catecismo, recordando completito el Ave María y hasta un Padre Nuestro. En estos momentos le gustaría tener el rosario que le regaló su madrina de bautizo; voltea rápidamente evitando pensar en zombis y fantasmas.

El tal Miguel, más vivo que muerto, sacaba una mano del ataúd, aferrándose a las orillas. Levantó la cabeza volteando a todos lados y, cuando ya estaba incorporado, se bajó. Como si hubiera visto a un fantasma, giró hacia Ester y luego le sonrió llevándose un dedo a la boca en señal de silencio. Luego, una vez parado fuera de lo que iba a ser su lecho eterno, se acomodó la corbata y le guiñó un ojo antes de salir por otra puerta.

Atónita, se quedó boquiabierta, incrédula de lo que acababa de ver. Se asomó a la caja primero para ver si Miguel había dejado algo ahí, una prueba de su existencia o si solo lo había imaginado. El interior estaba acolchado; se veía mucho más cómodo que su cama. Sin saber qué la había orillado a tal decisión, se acostó dentro del ataúd y experimentó una extraña sensación de paz. «Conque así era morir», se dijo, y para tener la experiencia completa, cerró la caja colocando sus manos al centro de su pecho.

Dentro, aun teniendo los ojos abiertos, estaba en total oscuridad. Se sentía como un vampiro descansando después de un largo día de cacería. En cualquier momento saldría de su sarcófago a atacar.

El ruido de la puerta y las voces la asustaron; el monaguillo había regresado con alguien más y se quejaba de que la florista no había terminado el trabajo.

—Ya no hay tiempo, es hora de presentar el ataúd en la misa. Estará cerrado, la viuda no quiere ver al difunto. Era infiel, al parecer —dijo bajando la voz.

Los cotilleos también eran cosa de religiosos. Se preguntaba cómo saldría de la absurda situación; ella era muy lógica en sus decisiones y se jactaba siempre de actuar correctamente, si de la moral se trataba, y ahora se encontraba en una situación totalmente bizarra.

Notó que empezó a moverse el ataúd. «Ya lo están cargando», se dijo. Sintió que la temperatura ahí dentro aumentaba, haciendo el aire cada vez más denso; sus respiraciones iban tan rápido como sus pensamientos. «¿Qué hago?, ¿cómo les explico que Miguel le huyó a la muerte?». El sonido de voces iba en aumento; era el final de una alabanza, se oían también llantos, susurros y lamentos. Ya estaba en el centro de la iglesia, frente al padre y los dolientes.

No quedaba de otra más que escapar. Siempre había evitado ser el centro de atención, pasar desapercibida en las fiestas, complacer a los demás como las veces que decía sí cuando en realidad quería decir no. No iba a permitir que la enterraran viva. Tenía que salvarse.

TERCERA CAMPANADA

Entonces ocurrió: la puerta del ataúd se abrió estrepitosamente y ella inhaló con desesperación aire puro y limpio. Algunas personas gritaron; una señora en las primeras bancas, al parecer la viuda, se desmayó; otros salieron corriendo mientras se persignaban y el padre lanzó todo el armamento que tenía de agua bendita mientras gritaba:

—¡Vade Retro, Satanás!

Ester corría todo lo que sus piernas le permitían, pero el pasillo le parecía inmenso. «¿Cuánto tiempo había pasado desde que decidió cruzar la calle?», se preguntó llena de sorpresa.

Al salir de la iglesia, la gente que no había presenciado aquel bochorno igual la veía con desconcierto; sacaban sus celulares para

grabarla o tomarle fotos, como si fueran dedos señaladores de injusticias.

En la esquina, detrás de un poste, creyó ver a Miguel: se aflojaba la corbata con una mano mientras fumaba un cigarro y le dirigía una media sonrisa burlona, como si esperara que tal cosa hubiera sucedido.

Ester corría enojada para refugiarse lo más rápido posible dentro de su cama con su perro. Jamás volvería a cruzar la calle de la iglesia; quizás se tendría que mudar, pues todos sabrían dónde encontrarla. ¿Cómo justificaría tal cosa después de lo sucedido?

El automovilista que iba tarde a la misa de su tío no vio cuando una mujer salió de la nada corriendo como una loca. Eso señalaría a los oficiales más tarde, cuando llegaran junto con los servicios médicos a reanimar el cuerpo de Ester. Los feligreses coincidieron con el automovilista: la mujer era sospechosa de la profanación del cuerpo de Miguel y, además, de usurpar el lugar del fallecido, aterrorizando a todos en medio de un momento tan doloroso. Solo una persona fuera de sí se atrevería a tal cosa.

Nadie de los presentes supo que Ester vivía en la casa de enfrente.

TRUCOS DE MAGIA INFANTIL

Perdí a mi mejor amiga cuando tenía diez años. Amelia y yo éramos muy unidas desde el kínder; tanto, que físicamente nos parecíamos mucho, incluso los profesores nos confundían varias veces. Las dos teníamos el cabello negro hasta los hombros, ojos grandes y una nariz pequeña. Ahora pienso, más bien, que el parecido se debía al tiempo que pasábamos juntas, durante la escuela y por las tardes. Compartíamos el lonche en el recreo y odiábamos los deportes. Ambas pertenecíamos al cuadro de honor de los primeros lugares de la clase; nos gustaba turnarnos entre el primer y segundo lugar. Yo era muy buena en español y ciencias naturales, mientras que Amelia sobresalía en matemáticas e historia de México: le gustaba memorizar fechas y sucesos. Nos prestábamos nuestras Barbies y hasta teníamos un código confidencial de mejores amigas. Aunque también convivíamos con otras niñas de la escuela, al final del día, dentro de nuestra complicidad no cabía nadie más.

Amelia y Ana, como hermanas gemelas, pero nacidas de madres distintas. Mi mamá era amiga de la suya y constantemente le agradecía que me recibiera en su casa algunas tardes mientras ella trabajaba. Su papá era ingeniero y su mamá, ama de casa; ambos eran muy buenos conmigo. Eran un matrimonio muy amoroso y casi el ejemplo perfecto de familia, como las que retrataban en la tele. Amaba los fines de semana en que mi mamá me dejaba al cuidado de ellos.

La casa de Amelia era muy grande, tan grande que cada quien tenía su propia habitación; la suya era color rosa, con cientos de muñecas Barbie y todos sus accesorios. Ella dormía en una cama que debajo tenía un colchón deslizable donde yo dormía cuando me quedaba; era tan cómoda y me hacía sentir tan segura que ni siquiera era necesario que prendiéramos la lamparita de noche. La habitación contigua era la de Jorgito, su hermano menor, que en aquel entonces tendría unos seis años. Nos gustaba consentirlo y apapacharlo como un bebé, a excepción de cuando se emberrinchaba y me lanzaba sus calcetines sucios.

En aquella casa siempre estaba el refrigerador lleno y la despensa surtida. Me sorprendía que tuvieran horarios para comer y hasta para cenar, con postre incluido, cual restaurante fino. Ahí conocí

marcas de cereales, bocadillos y nieves gringas. Como yo no tenía visa, cuando Amelia y su familia cruzaban al otro lado me compraban juguetes y ropa, sobre todo pijamas iguales a las de Amelia, como si quisieran que realmente fuéramos hermanas.

Me sentía tan querida en aquella casa lila. Me encantaba el balconcito que tenía la habitación de los papás de Amelia, al que se entraba por unas enormes puertas corredizas donde a veces podíamos entrar cuando su mamá nos dejaba. En la parte posterior de la casa tenían un patio con un fuerte pirata que incluía columpios y una resbaladilla, y todo esto sobre el césped más verde que jamás he vuelto a ver.

Cuando regresaba a mi casa, era inevitable sentirme triste; el sueño de pertenecer a la familia de Amelia se terminaba cuando mi mamá llegaba por mí en el viejo Buick que mi papá le dejó como si fuera un premio de consolación antes de irse.

Mi casa, al compararla con la de Amelia, me parecía fría y gris. A cualquier rincón donde mirara le veía suciedad y desperfectos. Odiaba que lloviera y tener que cazar las goteras con una cubeta. Mi cama se sentía dura; por más que nos tapáramos con las cobijas de cuadros, seguía sintiendo el frío, además de que raspaban como lija en la piel. Una vez que volvía a mi realidad, no había otra opción que acostumbrarme de nuevo a mi casa. Pese a ello, no despreciaba la forma en que mi mamá se esforzaba por darme una vida digna. Aunque me parecía injusto entrar al paraíso de la familia de Amelia para luego salir de él sin mi consentimiento. Quizá fue el sentimiento de merecimiento lo que me llevó a actuar de esa forma, pues solo tenía diez años cuando sucedió.

El cumpleaños de Amelia, el número once, fue en las vacaciones para pasar a sexto año. La familia adornó el patio posterior con flores y abejas hechas de unicel, rentaron un gran brincolín de colores y en la mesa de regalos pusieron al centro el pastel más grande que había visto en mi corta vida, donde se leía: «FELIZ CUMPLEAÑOS, AMELIA».

Los niños corríamos por todos lados, apropiándonos no solo del exterior sino también del interior de la casa. La música de Tatiana llenaba cada rincón de la fiesta. De pronto, la mamá de Amelia

anunció desde el pequeño escenario que, antes de romper la piñata —de abeja—, habría un show de magia, con todo y conejo en el sombrero, como nos había prometido el papá de mi amiga. Yo estaba muy contenta por la fiesta, pues sabía que Amelia me dejaría jugar con sus regalos y que compartiría todos los dulces que comeríamos hasta por un mes o más.

Ese día le pedí a mi mamá que me preparara mi vestido favorito, uno verde de terciopelo con olanes en el cuello, que me gustaba usar a juego con mis calcetas y unos zapatos de charol negro. Amelia me sorprendió con una nueva forma de vestir aquel día. Usaba pantalones acampanados, unas sandalias de plataforma, llevaba el cabello recogido en una coleta alta y unos mechones delgados le colgaban en el rostro, los que se acomodaba una y otra vez mientras bailaba con las otras niñas canciones de la Onda Vaselina, que hace unos días acabábamos de descubrir juntas.

Yo no quise bailar con ellas y preferí irme al brincolín, que después de un rato me dejó agotada y sedienta, así que fui a buscar agua a la cocina. Cuando estaba ahí también llegaron Amelia y las otras niñas; platicaban sin darse cuenta de que yo estaba detrás de la puerta.

—¿Qué onda con el vestido ñoño de tu amiga Ana? Parece que tiene seis años, ¿el brincolín es para Jorgito o para ella? —preguntó riéndose la vecina de Amelia, que era unos años más grande.

Esperé a que mi amiga protestara ante el cruel comentario.

—No sé, es muy rara, ya no quiero ser su amiga, pero mi mamá me sigue insistiendo que me junte con ella y que sea amable porque su papá las abandonó el año pasado —dijo riéndose.

No podía creer lo que estaba escuchando. Una vez que salieron de la cocina, comencé a llorar bajito y a sentirme muy tonta. ¿Cómo no me había dado cuenta? Así que comencé a entender mucho algunos de sus últimos comportamientos: le parecía que nuestro código de amistad estaba «pasado de moda», ya no quería jugar conmigo y, además, en el recreo nos comenzamos a juntar con las otras niñas. Era obvio que ya no quería ser mi mejor amiga; y si ella ya no era mi amiga, no vería a sus papás de nuevo, no volvería a entrar al paraíso y se olvidarían de mí. Deseé con todas mis fuerzas que eso no

pasara. Sentía cómo la tristeza se convertía en enojo, uno enorme que me revolvía la panza. Deseaba que mi mamá llegara por mí y me dijera que mi papá había vuelto, y a la vez deseaba que nunca lo hiciera y que me dejara vivir aquí. Odiaba a Amelia porque la quería y no me gustaba que fuera mi amiga por compromiso; deseaba que me quisiera. También deseaba seguir siendo parte de una familia, entendernos con una mirada en el recreo y, sobre todo, quería quitarme ese tonto vestido.

Mientras tanto, los niños se amontonaban en el patio porque el show de magia ya comenzaría. En realidad no era un mago, sino un mimo que tenía la cara pintada de blanco con una mueca triste, así como la mía. Usaba una boina y vestía un traje negro desgastado; cargaba una misteriosa y gran maleta a su lado. Nunca había estado en un show de magia; solo los había visto en la tele. La emoción que tenía al principio de la fiesta se había apagado gracias a Amelia y a las otras con sus burlas.

Ella y sus amigas también se acercaron al patio para ver el show; al parecer no eran tan grandes como para perdérselo. Yo seguía en la cocina viendo desde la ventana cómo la mamá de Amelia la consentía abrazándola y dándole besos, mientras su papá preparaba la cuerda para romper la piñata. Jorgito corría con los otros niños para acomodarse lo más cerca posible y ver al mago-mimo que preparaba sus artículos mágicos y colocaba un sombrero sobre la mesa.

Me imaginaba que era mi fiesta, mis regalos, que las niñas eran mis amigas y que todas usábamos vestidos de colores, que Amelia no existía y que Jorgito era el mejor hermano que tenía. Me imaginaba teniendo esa vida, una recámara llena de juguetes y una amiga tan buena como yo, a la que sí iba a querer mucho.

El mago-mimo comenzó con un show de cartas. Eligió a un niño para que seleccionara una del mazo; le pidió que soplara mientras él hacía «movimientos mágicos» con la varita. Entonces todos creímos que aparecería la carta correcta, pero le mostró al niño una que no reconoció, mientras se escuchó un abucheo general. Pero el mago-mimo dio unos pasos en dirección de Amelia y nos sorprendió a todos con un movimiento mágico sacando la carta correcta detrás de

su oreja. Entonces, todos aplaudimos emocionados, incluida Amelia, que reía con mucha ilusión.

En cada acto señalaba qué niño le ayudaría; el siguiente fue un compañero del salón. Por un momento me olvidé de lo que había pasado y me sorprendí mucho al ver un conejo real y pequeño saliendo de la boca del mago-mimo para luego desaparecerlo entre sus manos. En el siguiente acto salieron tres palomas de la piñata de abeja que ya estaba lista para romperse; vi la cara de sus papás que también estaban sorprendidos.

Para el último acto llamó a la cumpleañera. «EL MEJOR Y MÁS ESPECTACULAR SHOW DE TELETRANSPORTACIÓN», decía un letrero que sacó con teatralidad para mostrar a los espectadores. Salí al patio porque, a pesar del dolor que sentía, no quería perdérmelo. El mago-mimo estaba haciendo magia de verdad. Amelia me vio y me saludó sonriendo, como si no hubiera estado hablando de mí hace rato con las otras. Yo solo pude saludarla de vuelta agitando la mano débilmente; le sonreía con una mueca que no sentía mía. Me comenzaba a picar en el cuello los olanes del vestido, como si de pronto me hubieran causado alergia. Sentía que me apretaban y me aguantaba las ganas de llorar mientras cerraba los puños dentro de las bolsas de mi vestido.

El mago-mimo tomó su maleta y, con movimientos ágiles, la desenrolló, transformándola en una enorme caja repleta de objetos curiosos. De allí sacó flores, pañuelos, pelotas, globos e incluso dos adorables gatitos que entregó a los más pequeños. Le indicó a Amelia con su varita que entrara, lo cual hizo emocionada, y antes de acomodarse en la caja lanzó besos a sus invitados como si fuera una actriz famosa. El mago-mimo sacó una tela del bolsillo de su pantalón que se hacía más y más grande hasta cubrir a Amelia. Una vez cubierta, el mago-mimo puso su mano en forma de visera y buscó a alguien del público como ayudante. Los niños levantaban las manos gritando «¡Yo!» con emoción. Mis ojos se toparon con los de él, quien me señaló con el dedo y, como si tuviese una cuerda invisible atada a la cintura, me jaló hacia él. El mago-mimo me presentó con el público y todos me aplaudieron contentos; entonces se agachó y, rompiendo la promesa del silencio, me dijo al oído:

—Di las palabras mágicas.

Me dio la varita, señalé a Amelia en la caja y grité muy fuerte: «¡Desaparece!».

El cuerpo bajo la tela se esfumó de golpe y los aplausos hicieron gran eco en los muros del patio. En el centro del gran pastel de vainilla con betún amarillo, adornado con flores y abejas, se leía: «FELIZ CUMPLEAÑOS, ANA».

El desierto que nos habita

Sigo entre las cobijas de la cama pensando en la última llamada que colgué hace rato: «Hija, tu padre quiere verte antes de morir, ya perdónalo, por favor». La última vez que lo vi apenas comenzaban a aparecerle las canas; la fractura en el tobillo que nunca se trató ya dictaba su andar chueco, una característica que lo marcaría de por vida.

Mi padre parecía un señor de rancho, de esos que bailan quebradita y banda en *La Estrella* durante toda la noche, toman cerveza para alegrarse después de un largo día de trabajo y creen que la mujer es un accesorio más del hogar. Solo que él no llevaba sombrero; en cambio, usaba una gorra de los Tomateros de Culiacán con la que escondía las entradas que se asomaban con su temprana calvicie. Recuerdo su media sonrisa, indescifrable, siempre con un cigarro Marlboro rojo metido entre los labios, como resignado a la vida que le había tocado: a nosotros.

Sus cambios de humor, como los llamaba mi mamá, eran preámbulo de malos días para él y, en consecuencia, para nosotros. Nadie podía estar feliz en la casa si él estaba encabronado. Los días en los que todos íbamos a la playa, hacíamos castillos de arena y comíamos sandía con chilito vienen y van en mi cabeza, como queriendo borrar los días malos junto a él.

Y ahora, después de su abandono, vuelve a mí para que lo perdone al final de su vida, como si fuera una cosa fácil, como si lo más importante para mí fuera su llegada al cielo sin remordimientos. Mi madre, mi pobre madre, prefirió olvidar el maltrato antes que aceptar haber sido una víctima. «Víctima»: esa palabra le provocaba repulsión.

Una tarde, después de su separación, mi padre pasó a visitarnos. Vino directo tras uno de esos tantos viajes que hacía al sur y nos llenó de regalos, prometiendo visitarnos a pesar del divorcio mientras me entregaba el carrito de la Barbie y, a mi hermano, el Max Steel nuevo. Por supuesto, no lo cumplió. En su lugar, llamaba por teléfono a la casa cada que se acordaba de que existíamos, diciéndonos que nos extrañaba; por lo regular era después de sus borracheras, con su voz llorosa y lastimera.

Con el paso del tiempo las llamadas cesaron. Mi culpabilidad de no haber contestado las últimas veces me saboteaba, haciéndome pensar que era mejor tener un padre así, a medias, que no tenerlo. Llegó el día en que me resigné y guardé los recuerdos en la parte más alejada del corazón. Sobre todo la vez en la que tuve más miedo en mi corta vida:

Salimos muy de madrugada, casi como prófugos. Mis padres, apurados, nos pidieron a mi hermano y a mí que solo lleváramos lo indispensable en nuestras mochilas. Sería un viaje largo en carro, pero nos comprarían lo necesario cuando llegáramos. A esa edad, lo que mi hermano y yo queríamos era aventura, salir de la rutina y, sobre todo, no oponernos a las decisiones de nuestro padre; así que no preguntamos mucho: ni a dónde, ni qué, o por qué parecía que estábamos huyendo.

Una vez a bordo del viejo Buick café sin aire acondicionado, los caminos se me antojaban eternos. Escuchábamos la radio y, cuando no había señal, los casetes de Joan Sebastian y Los Temerarios amenizaban el camino interminable. Las cintas del casete daban vueltas una y otra vez, como nosotros en el asiento trasero. No existía el tiempo, ni el día o la noche; solo nos quedaba dormitar como gatos al sol.

A ratos me entregaba al viaje y cantaba junto a mi hermano con ganas, pero después del bajón de adrenalina solo veíamos por la ventana. Me gustaba imaginar que quien se movía era la ciudad, y el campo, y los árboles, y que nosotros nos manteníamos estáticos en un solo lugar, como en los efectos que hacían en las viejas películas en blanco y negro del Canal 12; pero no, nosotros sí nos movíamos.

Aquel día, el mundo giraba y nosotros éramos los sobrevivientes. La última vez que fuimos una familia aparentemente feliz.

Mis padres, después de los momentos de efusividad y felicidad, como para equilibrar, discutían en el camino. A mí no me gustaba prestar atención a los altibajos de emociones, ya suficiente tenía con mi hermano. Nosotros librábamos nuestra propia guerra por el dominio del asiento trasero: si alguien cruzaba a la otra mitad, comenzaban las quejas y los manotazos. Mi papá nos hacía callar subiéndole a la música y se hacía el chistoso: «Tatuajes de tus besos

llevo en todo mi cuerpo», gritaba, y nosotros nos reíamos porque su voz nunca fue para el canto. Pero si nosotros queríamos cantar para alegrarnos en medio de una pelea, no funcionaba.

No me di cuenta de cuándo me arrulló el paisaje, pero una bocanada de aire seco y unas gotas de sudor provocadas por un calor intenso me despertaron; pensé que así se sentiría entrar al horno de una bruja. Esa fue la primera vez que vi el desierto. Mis ojos no visualizaban el fin, que se difuminaba entre las olas de humo. Una larga extensión de arena iba de lado a lado de la carretera: cactus altísimos, suculentas y plantas que no había visto más que en los libros de la escuela se levantaban. Se asomaban, de vez en cuando, orejillas de liebres saltarinas y alguno que otro ratón de campo, mientras que todo lo demás se confundía en la nada. Yo sabía por una clase que tuvimos en la escuela que algunos cactus guardaban agua, pero viéndolos en realidad no parecía que fuera una tarea fácil.

A veces me gustaba imaginar escenarios catastróficos; la inocente de mí pensaba que mis papás me salvarían de cualquier cosa. Esa vez me vi en el desierto, sola, sin comida ni agua y con la oscuridad de la noche acechándome. Quizá moriría y nadie encontraría mis restos, y me volvería polvo para mezclarme con la misma arena del desierto. Este simple pensamiento me sabía como el deseo de caer; me hacía sentir ese miedo detrás de la nuca, como quien camina por la cornisa de un edificio alto sintiéndose segura, atada a una cuerda de vida. Así jugueteaba con mis pensamientos catastróficos desde el asiento trasero del Buick.

Tuve un momento de escalofrío cuando paramos en la carretera. Tan inmersa estaba en mis pensamientos que no escuché que mi mamá comenzó a llorar. Mi papá manoteaba con la mano que no tenía al volante, como cansado de explicar lo mismo una y otra vez; mi hermano me veía asustado. Mi padre estacionó el carro de pronto —eso era un presagio de algo malo—, se bajaron y caminaron frente al cofre. Mi madre, llorando, cayó al piso cuando él la abofeteó; mi padre le gritaba tanto que su rostro se puso tan rojo como el de ella después del golpe.

Él vino hacia nosotros, que seguíamos en el carro, dejándola desprotegida en el asfalto caliente, y nosotros, asustados, no sabíamos qué hacer. Cuando subió, fingimos que buscábamos algo en nuestras mochilas para no verlo; él se giró hacia nosotros y nos pidió perdón. Sacó una pistola de la guantera y se la puso en el cinturón. Se bajó del carro y lo rodeó una y otra vez con la pistola dándose toquecitos en la cara, como si la estuviera protegiendo de un maleficio; luego se subió al Buick y arrancamos.

Por el parabrisas, mi hermano y yo vimos a mi madre levantarse y correr hacia nosotros. Gritaba que nos detuviéramos y mi hermano comenzó a llorar bajito, tapándose la boca para no darle más razones a mi papá de estar enojado, como lo hacía siempre que pasaba algo así. El miedo de que mis pensamientos catastróficos hubieran alcanzado a mi madre me dejó muda, como si yo hubiera provocado que fuera a morir en el desierto, abandonada.

Esa vez me armé de valor y le alcé la voz a aquel hombre que pensé que me protegería. Le grité que se detuviera, que mejor él se quedara a morirse en el desierto y, como si eso lo hubiera dejado al descubierto, frenó el Buick. Mi mamá nos alcanzó y subió al carro fuera de sí, con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas que se limpiaba mientras se acomodaba los botones de la blusa y se sacudía las rodillas sucias. Quiso fingir que no pasaba nada: «¿Quieren un sándwich?», preguntó. Nosotros, todavía en *shock*, asentimos en automático, ignorando la violencia marcada en su rostro. Mi padre guardó la pistola en la guantera y el resto del camino ni Joan Sebastian ni nadie más cantó.

Después del viaje se separaron. Mi papá salió una madrugada, pero esta vez no fue para un viaje por carretera, sino para ya no volver a casa. A la mañana siguiente mi mamá tenía los ojos hinchados y el labio roto; esa vez preparó *hot cakes* como para que no preguntáramos nada.

Cuando tienes diez años no tienes edad para comprender; tienen que pasar al menos otros diez para comenzar a hilarlo todo: el desierto, Joan Sebastian, un padre que se fue y unos *hot cakes*. Mi padre morirá sin su último deseo.

Y aun aquí, hecha un ovillo entre mis cobijas, estoy segura de que mi deseo de tener a un padre se quedó en aquel desierto oscuro y frío que imaginé. No iré a salvarlo; yo hace mucho que salí de esa carretera.